

*JW:* ¿Tuvo dificultades con el Partido Laborista?

*EP:* Bueno, yo pertenecía precisamente a un partido que se llamaba Partido Cooperativista, el cual tenía la mayoría de la Cámara. También estaban el Partido Laborista y el Partido Agrarista. El primero, capitaneado por el señor Morones, y el otro por don Antonio Díaz Soto y Gama, ambos combatientes de primera fuerza. Morones, a quien se calificaba como un hombre valiente y resuelto, y amigo íntimo del general Calles; y el otro, Antonio Díaz Soto y Gama, que poseía una elocuencia popular, una elocuencia en la tribuna parlamentaria que lo hacía verdaderamente temible en la Cámara. Contra ellos dos, tuve varias veces debates muy celebrados e importantes, y en el curso de los años en que fui diputado siempre tuve en ellos verdaderos enemigos que podría considerar como los extremistas de México, hasta que vino la época en que el presidente electo Obregón fue asesinado. Entonces la fuerza de Morones desapareció completamente. Pero eso será tema de mi próxima conversación.

*JW:* Una pregunta: ¿puede distinguir entre la plataforma del Partido Cooperativista y los otros dos partidos, el Agrarista y el Laborista?

*EP:* Es muy fácil: El Partido Laborista era un partido que quería hacer predominar la voluntad de los obreros y de los trabajadores; no precisamente de la fuerza democrática de ellos sino de la voluntad arbitraria de los líderes, que querían ser los dueños de México, a pesar de que eran una minoría. Por tanto, el laborismo era un partido violento que todo lo quería arreglar por la fuerza, y que tenían, como he dicho antes, la simpatía y el apoyo del general Calles.

El Partido Agrarista quería hacer de la plataforma del agrarismo una actitud de verdadera batalla para ganar el poder, mucho más que de realizar la plataforma política del agrarismo, en la cual todos conveníamos. Era una lucha de fuerza por el poder, más que una lucha por realizar los postulados de ambas doctrinas: laborismo y agrarismo. El Partido Cooperativista tenía el carácter de un partido constitucionalista, es decir, quería todas esas ventajas por el sendero de la Constitución. Jamás nos oponíamos a las causas laboristas o agraristas. Como he dicho antes, fui candidato de los agraristas de la Tierra Caliente, o sea mi distrito electoral. Y así lo eran todos los demás, pero querían que todo se realizara por el camino de la ley, mientras que los otros dos partidos se inclinaban mucho al predominio de la fuerza.

12 de enero de 1965

*JW:* En esta ocasión quisiéramos hablar acerca de algunos de los problemas del gobierno de Calles. Había problemas con la Iglesia. ¿Cómo surgieron éstos y cuál fue el resultado?

*EP:* Una de las consecuencias del asesinato del general Obregón fue una actitud nueva del general Calles frente al problema de la democracia de México. La muerte del general Obregón causó naturalmente una profunda perturbación en la vida cívica de México, porque se suscitaron una serie de consideraciones que inculpaban al general Calles de haber tramado la conspiración en unión de Morones para acabar con la vida del general Obregón. Todos los partidarios del general Obregón se sintieron lastimados en sus grandes conquistas cívicas para el próximo periodo. Cada uno de ellos sintió una gran aversión hacia el general Calles. Por todas partes comenzó a cundir la convicción de que el general Calles quería perpetuarse en el poder, y que para ese propósito nada podía estorbarlo más que la presidencia del general Obregón. Porque todos advertían que el general Obregón seguiría los pasos del general Porfirio Díaz: de reelección tras reelección perpetuarse indefinidamente en el poder.

Estoy enteramente seguro que esa situación conmovió lo más hondo de los sentimientos del general Calles. Debe haber pasado muchas noches de insomnio considerando que su vida iba a terminar con una mancha de la cual era difícil limpiarse en el futuro. Con ese motivo, el general Calles comenzó por dar toda la libertad a los amigos de Obregón para que hicieran las investigaciones que juzgaran convenientes. Ocuparon los puestos de la policía hombres de la más completa confianza del obregonismo. El grupo de amigos íntimos de Obregón se entrevistaron con Toral y tuvieron todas las facilidades a fin de descubrir algo que pudiera realmente demostrar que el general Calles había tenido participación junto con Morones en la muerte y en el asesinato del general Obregón.

Una de las cosas más extraordinarias para la vida de México fue la resolución que el general Calles tomó desde entonces: acabar con la reelección, que era precisamente lo que sus enemigos le atribuían al tratar de inculparlo de la muerte del general Obregón.

Escogió para sustituirlo a la terminación del poder, que ocurrió cuatro o cinco meses después de la muerte de Obregón, al licenciado Portes Gil, que era también un amigo íntimo del general Obregón.

Portes Gil fue aceptado por los elementos obregonistas, de la misma manera que por los elementos callistas; y fue así como el licenciado Portes Gil inició su vida política como Presidente de la República.

El hecho cívico más extraordinario que se registró entonces fue la "No Reelección", que quedó asentada bajo la dirección y la inspiración del mismo general Calles. Esto es un hecho extraordinario, porque cuando el general Calles leyó su informe (el último de su gobierno), dirigiéndose a la Cámara le dijo que él consideraba que era ya la hora de que acabaran los

caudillos, de que terminara el asalto al poder, y que comenzara una vida democrática de México: que se sustituyera con la ley lo que había sido hasta entonces el asalto a las libertades y a la Presidencia de la República.

Causó una profunda conmoción ese discurso ante la Cámara, que recuerda un poco el discurso del general Díaz en aquella famosa entrevista “Díaz-Creelman”, en la cual también Porfirio Díaz anunció que renunciaría al poder y que dejaría de ser presidente en lo sucesivo, e invitó a la nación a que se organizara, y a que tomara parte dentro de la vida democrática, la ciudadanía mexicana. Sin embargo, hay una gran diferencia: el general Díaz pronto burló, o traicionó, su propia doctrina, porque después de ese discurso, de esa entrevista con Creelman, el general Díaz volvió a reelegirse, y fue necesario que la revolución lo expulsara del poder.

Con el objeto de proclamar la “No Reelección”, se realizó una convención por el Partido. De antemano debo decir que el general Calles propició la formación del Partido Nacional de la Revolución. Es ahí donde nació lo que se ha llamado a veces el “partido único” de México, o sea el Partido de la Revolución. Este partido convocó a una convención que se celebró en Aguascalientes, y allí discutió con una concurrencia de numerosísimos representantes de los distintos sectores del país, de todos los estados de la República, una convención que trató el tema de la “No Reelección”. Entonces se convino que nunca un presidente de México —así hubiera ocupado la silla presidencial un día, o un periodo completo— podría en lo sucesivo reelegirse. No se trataba de que dejara pasar un periodo para poder reelegirse, sino que ¡nunca!, y por ningún motivo, estaría el país sometido a la reelección de un hombre que hubiera estado, aun cuando fuera un solo día en el poder.

Fue realmente una convención llena de emoción: ¡extraordinaria! Tuve el honor de decir el discurso de clausura de esa Convención, que con modestia (más bien violando la modestia que uno debe tener) se considera como un magnífico discurso. Ese discurso está ahora de actualidad en que volvemos otra vez a suscitar ese espectro que vuelve del pasado, queriendo otra vez tomar parte en el drama de nuestra república. Entonces se dijo: “Volvemos otra vez a la No Reelección”. Porque ustedes recordarán que se había modificado la Constitución con el objeto de que Obregón pudiera otra vez ser electo presidente de la República. De manera que en esta ocasión, en una forma categórica y definitiva, se hizo la más terminante determinación incorporada en la Constitución, la del tema de “no reelección”, bajo la bandera de: “Sufragio Efectivo, no Reelección”, que pertenecía desde los orígenes de la Revolución al patrimonio de la historia moderna de México. Recuerdo que entonces dije que el gran valor espiritual de aquella Convención consistía en que se había podido demostrar uno de los más bellos

sentimientos que puedan existir en la vida cívica; semejante al que Washington demostró renunciando a la corona alguna vez, y a ser electo en alguna otra vez. De la misma manera que Roosevelt también trató de reelegirse y fue derrotado, porque entonces se pensó que la "no reelección" debería existir dentro de los Estados Unidos.

En México, el general Calles estaba en la cima del poder: era el hombre más poderoso de la República; era el hombre que podía haber sido presidente si hubiera querido. Y fue bajo su inspiración como, en esa Convención de Aguascalientes, celebrada en 1923, quedó determinado que no podría reelegirse ninguno que hubiera sido presidente, y se cerró así toda posibilidad al general Calles, que era el hombre que de hecho estaba renunciando al mando futuro de la República. Este hecho indiscutiblemente honra al general Calles.

*JW:* Bueno, parece que hoy en la Cámara de Diputados quisieran postular otra vez la reelección. ¿Puede comentar sobre los hechos de hoy?

*EP:* Bueno, podría hacer una comparación. Cuando el general Obregón en su mente volvió a sentir el anhelo de ser presidente, sus amigos no tenían otro camino que el de modificar la Constitución, en la cual el principio de "no reelección" estaba establecido, permitiendo [así] la reelección. Con ese motivo las cámaras aprobaron la modificación de la Constitución de México, en la cual se dijo que un presidente podría ser reelecto por un solo periodo, y después de haber cruzado un periodo en el que otro presidente hubiera ocupado su lugar.

El general Calles declaró terminantemente que él se oponía a toda reelección, porque esa era la base de la Revolución Mexicana. La forma en que lo declaró fue enérgica y categórica. Estaba en contra de la reelección. Sin embargo, las cámaras por su cuenta votaron la reelección, y los estados hicieron lo mismo. Entonces el presidente Calles tuvo que someterse a la decisión del pueblo, como él lo explicó.

En esta ocasión nueva, aparece de pronto, de la manera más inesperada (cuando se creía que el principio de la "no reelección" estaba incrustado definitivamente en la conciencia del pueblo) una proposición hecha por el señor Lombardo Toledano, que es el presidente del Partido Comunista de México (si no comunista, del partido izquierdista que está en más estrecha relación con el Partido Comunista), proponiendo ahora la reelección de los diputados. ¿Hay alguna coincidencia con el pasado?

Inmediatamente después de que fue aprobada esta ley (cuando ya se había sentido en el pueblo cierto rechazo a la reelección) el presidente Díaz Ordaz acaba de declarar, en términos categóricos, que él está en contra de la reelección; pero aclarando que se trata de la reelección del Poder Ejecutivo,

es decir, la reelección del Presidente de la República. No aludió a la reelección de diputados y senadores. Este nuevo episodio, este capítulo lleno de incertidumbre en México, podría en el futuro llenar de sombras la situación de México, porque hasta ahora la estabilidad de que ha gozado México, se debe fundamentalmente a la "no reelección".

El pueblo, cuando ve que un partido ocupa la presidencia, tiene la sensación de que no lo ha elegido el pueblo; pero tiene esperanzas de que en el manejo de la administración, en los años inmediatos, se demostrará la capacidad del nuevo presidente. A los dos años el pueblo puede estar desencantado (sería la hora de las inquietudes de la nación, de la fuerza cívica existente en el país). Pero entonces ocurre que en poco tiempo se comienza a hablar de la nueva convocatoria a elecciones del pueblo, que habrá seguramente por el principio de "no reelección" un nuevo presidente a poca distancia; seguramente que esto ha servido para calmar la ansiedad, la inquietud y, sobre todo, el descontento agresivo del pueblo: espera, está seguro que el presidente que está en funciones desocupará la Presidencia, y confían en que el nuevo presidente que va a venir tendrá más virtudes o más cualidades para gobernar a la nación.

Es un principio sabio, indudablemente, porque, cuando el poder se hace crónico, no son las cualidades las que prevalecen, sino que son más bien los defectos los que se ponen al servicio del pueblo, es decir, se crean verdaderas organizaciones estratificadas, que de la misma manera que pudieron haberse hecho expertas en el manejo de la técnica administrativa, se han hecho también expertas en el manejo impuro de la vida política. Por tanto, ese principio de la "no reelección", es profundamente venerado o reverenciado por la nación.

Ahora que la Cámara de Diputados comienza a dismantelar ese edificio, puede introducirse en el seno de la conciencia nacional una nueva inquietud: quizás en el futuro habrá una brecha para que la reelección penetre en el Senado; y luego la tentación de que pueda entrar al mismo Palacio Presidencial. Eso está en una incógnita futura, y en estos instantes el pueblo de México discute con toda libertad y abiertamente, si conviene o no conviene la reelección de los diputados.

*JW:* Usted mencionó hace unos momentos que los obregonistas participaron en la investigación del asesinato del presidente electo. ¿Tuvo usted parte en esa investigación?

*EP:* Bueno, yo concurrí a muchas de esas investigaciones, pero sin que se hubiera podido nunca llegar a una conclusión definitiva que despejara completamente toda duda. El asesinato del general Obregón todavía es un misterio político en México.

Precisamente porque yo era amigo del general Obregón estuve cerca de él, en la misma mesa, el día que lo asesinaron. Estaba a cuatro personas de distancia del general Obregón, en la mesa de un banquete. Creo personalmente que cuando él recibió los balazos que lo privaron de la vida estaba dirigiendo su mirada hacia mí (probablemente en alguna interrogación o alguna narración), porque no puedo olvidar los ojos del general Obregón cuando sonaron los primeros tiros, lo tengo grabado como un impacto que no se borra de mi mente. Sus pupilas se fueron dilatando de tal manera, que en un momento me pareció que llenaban toda la faz del general Obregón. Pocos instantes después, se desplomó agonizante.

Cuando el general Obregón fue asesinado, yo ocupaba el puesto de Procurador General de la República en el gabinete del presidente Calles. Se hicieron las investigaciones necesarias, se cubrieron todos los trámites en el juzgado respectivo para hacer el expediente en relación con el juicio penal que se siguió a Toral, y comenzó el jurado a tratar el caso en una forma muy espectacular en México. Sin duda no ha habido jurado, creo que en toda la extensión de América Latina, que hubiera despertado una emoción más grande y un interés más profundo que el que causó el juicio de León Toral.

Quien debía llevar la voz acusadora era el Procurador del Distrito Federal, y así comenzó el juicio. Pero a poca distancia se mostró que la voz del gobierno que llevaba el Procurador del Distrito Federal no se estaba llevando con la energía necesaria, y sobre todo con el impacto emocional en la República. En cambio, el defensor de Toral, la parte defensiva, era un maestro mío muy eminente, el cual, además de ser un gran jurista era un gran orador: don Demetrio Sodi. Él realmente había conmovido a la República, haciendo prevalecer el sentimiento de que Toral era un mártir, era un fanático creyente católico; que él había cometido aquel asesinato creyendo que le estaba haciendo un bien a la República; que era un héroe de la patria porque estaba tratando de derrumbar al hombre que había causado la guerra civil-religiosa; la muerte de millares de católicos, la situación dramática de muchos hogares, y que estaba realmente quebrantando el principio de la libertad religiosa. Esta idea, proclamada por Demetrio Sodi en los términos más elocuentes, había preocupado a todos, pero principalmente al presidente Calles.

Estaba en mi mesa de trabajo en la Procuraduría de la República, porque era yo el Procurador General de la República, cuando sonó el teléfono. Era el general Calles: "Estoy a sus órdenes, señor Presidente", le contesté. Él me dijo: "Hágame usted el favor de venir inmediatamente al Palacio". Cuando llegué, el Presidente me dijo: "¿Se ha dado usted cuenta de que en el banquillo de los acusados no está León Toral sino el gobierno y la Revolu-

ción de México?” “Efectivamente, señor Presidente, creo que la situación, tal como va, está representando un triunfo de la reacción religiosa de México. Pero debo advertir a usted que soy el Procurador General de la República; que eso no cae bajo mi jurisdicción: a quien le corresponde es al Procurador del Distrito, quien es el que estuvo llevando la voz de la acusación”.

El señor presidente Calles en una forma terminante me dijo: “Deseo ahorrar tecnicismos: Lo único que deseo es que vaya usted a ponerse al frente de la voz del gobierno y haga usted todo lo que sea necesario para que inmediatamente se haga ese cambio”. Entonces, cuando regresé a mi mesa de trabajo, me di cuenta de que tenía yo que sufrir el descenso más vertical que yo he recibido en mi carrera política, porque tenía que pedir licencia como Procurador de la República, en seguida ir a ponerme a las órdenes del Procurador del Distrito; el Procurador del Distrito me tenía que nombrar Agente del Ministerio Público, y ya con ese modesto cargo ir a defender el caso de la Revolución de México frente a Toral. Es así como entré a aquel juicio que duró tres días, y que ha representado para mí uno de los momentos más angustiosos y de mayor presión en mi espíritu. Porque tres días no eran suficientes para leer ni siquiera uno de los cuadernos de aquella montaña de datos, entrevistas, declaraciones, consignaciones, etc. Sin embargo, usé esos tres días y particularmente las tres noches, porque durante el día debía estar en el juicio para formular el discurso.

Ocurre que ese discurso se puede considerar como una de las improvisaciones más efectivas que yo he pronunciado. No creo en la improvisación. Generalmente un discurso que parece improvisado, representa horas de meditación, a veces una parte de la vida. Nada más que se expresa en un momento y tiene, en efecto, la apariencia de una improvisación, porque surge con fogosidad, como un manantial que después de haber cruzado por debajo de la montaña surge hacia el cielo y parece como que brota el agua de la nada. En realidad no es así, es el producto de una serie de reflexiones a través de la vida. Y así fue para mí ese discurso, en el que realmente comprendí la vida de México en el aspecto de su lucha contra el clero, y no contra la religión. El pueblo de México es católico; era imposible defender el caso de la Revolución atacando al catolicismo, porque era atacar la conciencia del pueblo. De manera que mi papel consistió —y esa fue la médula, la base de mi discurso— en que efectivamente el pueblo de México había demostrado siempre ser un católico ferviente.

Recuerdo que expresé que, si en los campos de batalla que México ha librado en sus luchas por la reforma, por ejemplo, a los muertos que caen en esos campos se va y se les trata de escudriñar dentro de su vida y sobre todo se trata de investigar quién es, lo primero que se encuentra es un escapula-

rio, una cruz, una imagen, que demuestra que el hombre que murió allí luchando contra las conspiraciones del clero era un católico. Así es la realidad, y así en este caso: México es católico. Pero León Toral no podía haber representado al catolicismo en el momento en que asesinó al presidente Obregón. Dije: "Es calumniar al catolicismo; es calumniar a una religión tan respetable como la católica el querer atribuir a un hombre asesino como Toral, que se escudó en la bandera de esa religión. Ninguna religión moderna puede de ninguna manera proteger o inspirar el crimen o el delito". Esa base fue muy efectiva. De la misma manera atacué a todos los que habían conspirado, no como católicos sino como una banda de conspiradores y asesinos.

Recuerdo que invoqué una serie de concilios, una serie de declaraciones de los más grandes papas de la historia, en las cuales condenaban el regicidio y el asesinato político.

León Toral fue condenado a muerte. Una parte verdaderamente patética para mí es que, cuando terminó el juicio, sentía yo cierta simpatía por el criminal. Porque realmente León Toral era un hombre sencillo, valiente, fanático (fue víctima de su fanatismo). Pero en el fondo era un hombre de gran valor personal, de gran entereza, y de gran sencillez. Cuando al terminar el juicio le preguntaron cuál era su mayor impresión del juicio, él, con mucha sencillez, contestó: "Debo decir que lo que más me ha impresionado fue el discurso del fiscal. Si yo lo hubiera oído antes, nunca hubiera cometido ese asesinato". No tuvo ni siquiera un elogio para su defensor, como hubiera podido esperarse. Estaba profundamente impresionado por la serie lógica y al mismo tiempo apasionada de mi discurso de acusación.

*JW:* Se dice que Obregón pensaba terminar el conflicto religioso que había surgido durante el periodo del presidente Calles, y que Toral escogió equivocadamente a su hombre para asesinarlo, porque Calles tuvo más que ver con eso que Obregón. Pero también nos ha dicho el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, uno de los fundadores de "los cristeros", que el asesinato de Obregón no fue asesinato: "Fue la ejecución de un tirano que el pueblo católico tuvo que hacer para librarse".

*EP:* Esa es la tesis que yo combatí, como acaban ustedes de escuchar. Porque efectivamente eso era lo que sostenía la voz de la defensa, tratando en esa forma de convertir en mártir a Toral. Lo cierto es que efectivamente el general Obregón no había dado demostraciones de perseguir al clero; y yo personalmente, que lo traté, estoy convencido de que él no tenía ningún empeño en seguir una política de ataque a la religión, que a nada conducía. Pero, precisamente el hecho de que Obregón no había demostrado ningún rencor contra la Iglesia, es lo que ha dado base para que se considere [por la oposición] que ése no fue un asesinato religioso, sino político; guiado y dirigido

por Luis Morones, y con la aceptación y la aprobación del presidente Calles. Es a lo que me referí en párrafos anteriores: que el general Calles se empeñó en despejar, tratando que su vida pública desde ese día, estuviera sellada con la seguridad de que no había en él ninguna ambición para volver al poder. *JW*: Algunos dicen que Calles fue antirreligioso; otros que fue luterano. ¿Puede explicarnos el pasado de Calles y su posición sobre la religión y el clero?

*EP*: En realidad él nunca demostró tener ninguna religión. Creo que personalmente a él no le preocupaban los temas religiosos. Inclusive, ni siquiera se podría decir que era ateo, porque Calles no negaba a Dios; pero tampoco de ninguna manera demostraba que creía en Él. En el capítulo de la religión en la mente de Calles, me parece que se puede señalar con una sola palabra: "indiferencia". A él no le preocupaba de ninguna manera el problema de la religión católica.

*JW*: Otras personas han dicho que él tenía tendencias espiritistas; como Madero.

*EP*: Bueno. El general Calles indiscutiblemente al final de su vida fue un creyente en el espiritismo, Yo mismo concurrí en algunas ocasiones junto con él a sesiones espiritistas que realmente eran perturbadoras, porque de tal manera demostraban una manifestación metafísica, ultraterrenal (las que se exhibían en esas sesiones de mucho secreto pero de grande autenticidad) en la que la expresión de formas y de demostraciones ultrafísicas, que pueden calificarse de más allá del dominio de la ciencia, se sucedían en repetidas ocasiones. Creo que él de alguna manera se impresionó hondamente con ellas y llegó a creer en que había otra vida más allá de la actual; sin que hubiera tenido el tiempo (y creo que ni la urgencia) de clasificar ese sentimiento nuevo que había invadido su mente (cuando ya carecía de poder) sobre manifestaciones misteriosas, indiscutiblemente inexplicables desde el punto de vista físico; contrarios a toda tradición materialista. Y muchas veces platiqué con él, y realmente lo encontré profundamente conmovido por esas experiencias espiritistas.

*JW*: ¿Esto, ocurrió durante su presidencia?

*EP*: No. Ya fue cuando él regresó del destierro y cuando ya no era presidente.

*JW*: ¿Por qué le llamaban a él "El Turco"?

*EP*: Bueno, esas eran cosas de sus amigos inclusive, porque creo que entre sus antepasados hubo algún ascendiente que venía de Turquía, sin que yo haya explorado nunca suficientemente esa cuestión.

*JW*: Al terminar el problema religioso en 1929, parece que todo estaba ya quieto: Portes Gil firmó un convenio con el clero. ¿Ya había entrado usted en la Secretaría de Educación?

*EP:* Bueno, yo entré con el Presidente. El gabinete del presidente Portes Gil entró al mismo tiempo que él, en 1929, y terminó la presidencia en 1931. Durante ese tiempo fui el ministro de Educación del presidente Portes Gil. En ese periodo nos tocó el problema de la Universidad Nacional de México. También es un capítulo muy interesante, porque durante esa época los estudiantes trataron de crear un clima de rebeldía adentro del país. Un motivo cualquiera desencadenó una huelga en las escuelas más importantes de la ciudad de México; una huelga que iba creciendo en peligrosidad porque ya se estaba enfrentando a la necesidad de que el gobierno se enfrentara a la violencia de los estudiantes con la fuerza de las armas, lo cual creó, naturalmente, un clima demasiado grave en una situación política. Entonces el presidente Portes Gil y yo acordamos conceder a los estudiantes algo que no pedían (que ni siquiera esperaban) y que fue la autonomía de la Universidad. Desde entonces arranca la Universidad Autónoma, que en aquella época, como una cosa curiosa, tenía 7,000 estudiantes; ahora esa universidad tiene 70,000 estudiantes.

Además, siendo ministro de Educación Pública, me tocó la muerte de León Trotski, que fue asesinado en una casa que fue de mi propiedad en Coyoacán, muy dramáticamente. El asesino era un comunista; sin duda pagado y alentado por el gobierno soviético. Cuando me comunicaron la noticia de que Trotski había sido asesinado, recuerdo que se dieron inmediatamente las órdenes para que se hiciera la más completa investigación. Se aprehendió al asesino. Estuvo involucrado en esa ocasión Siqueiros, el pintor. Y de aquella época, pues ha quedado también en la sombra cómo pudo moverse ese crimen desde Rusia. Y hasta ahora no ha habido, a pesar de que ya el delincuente quedó en libertad después de 20 años de prisión; no ha confesado exactamente cuáles fueron las fuentes de inspiración de ese asesinato.

*JW:* Se dice que Siqueiros participó en el primer intento, en donde se asesinó a un secretario de Trotski.

*EP:* En efecto, sobre eso hay mil versiones y fábulas: invenciones, cosas que tienen cierto apoyo; pero, no se puede escribir una palabra con seguridad de que se está diciendo una verdad indisputada.

*JW:* Volviendo a 1929, se ha dicho que el movimiento estudiantil tuvo mucho que ver con la elección de 1929 y el vasconcelismo; y [que] este movimiento quería acabar con el callismo, que dijeron los estudiantes que pesaba sobre el país.

*EP:* Bueno, todas esas cosas que tienen una categoría estrictamente de propaganda política, sabemos muy bien qué porcentaje de certidumbre tienen, o qué parte de verdad existe. Sobre ese tema realmente sería muy largo

especular sobre simples conjeturas. Naturalmente, para los vasconcelistas el gobierno era un estorbo: no podía Vasconcelos llegar al poder sin derrumbar —y tenía que ser en una forma violenta— al gobierno existente, porque las elecciones indiscutiblemente las tenía de todas maneras perdidas; porque el gobierno manejaba todas las fuerzas decisivas de la apariencia o la realidad de una elección.

*JW:* Para entender la expulsión de Calles del país en 1936, tal vez podamos regresar a 1929, cuando estaban (Portes Gil y usted) en el poder. Usted nos ha dicho que Calles renunció al poder político; pero otros siguen diciendo que él estaba en el poder “detrás del trono”, digamos; y que, aunque había salido para Europa en 1929, quería manejar la política: tal vez no tanto él como sus amigos.

*EP:* La realidad es que, cuando Portes Gil ascendió al poder el señor presidente Calles se fue efectivamente a Europa por muchos meses. En esa época no tuvo participación alguna en el gobierno de Portes Gil, fuera de aquellas cosas de gran cortesía que Portes Gil tenía que rendirle a un hombre tan respetable, que fue Presidente, y Jefe de la Revolución. Y en ese aspecto no quiere decir que Calles hubiera manejado al gobierno. Portes Gil tuvo una enorme libertad de gobierno: fue auténtico en su gobierno. Fue corto su periodo y concluyó cuando regresó el general Calles. Lo sustituyó, como todos sabemos, el presidente Ortiz Rubio, a quien, por una serie de circunstancias, una conspiración casi de “palacio” lo obligó a renunciar. En esa época indiscutiblemente Calles era un hombre con gran fuerza dentro del gobierno y del partido. Es gracioso recordar que decían: “En el palacio vive el Presidente, y el que manda está enfrente”. Porque efectivamente Calles vivía enfrente del Castillo de Chapultepec, donde vivía el presidente Ortiz Rubio. Pero, naturalmente, todo esto era una fuerza poderosa del hombre que había creado al Partido de la Revolución, y, naturalmente, no se puede negar que él era un gran poder “detrás del trono”.

Por esa razón había yo dicho anteriormente que el Presidente había hecho un planteamiento muy fuerte cuando evitó la reelección; porque si Calles hubiera querido reelegirse en ese periodo a que nos referimos, si él no hubiera sido el autor de la “no reelección”, hubiera vuelto a ser presidente de la República icon seguridad!

*JW:* Para entender la expulsión de Calles, creo que si hablamos a fondo de este periodo de 1929 en adelante, podemos entender mucho mejor lo que pasó en 1936. Parece que Calles había cambiado su trayectoria política. Entró en la Presidencia como..., bueno, muy radical. En países extranjeros, idijeron que era rojo! Después de 1927 parece que cambió, más o menos para coincidir con las ideas de Dwight Morrow, el embajador norteamericano, y

que al regresar de Europa vino con nuevas ideas acerca de la repartición de la tierra. ¿Puede comentar sobre todo esto?

*EP:* Indiscutiblemente que en todos estos años las nuevas ideas liberadoras del mundo marchaban vertiginosamente. Dentro de ese movimiento transformador, el comunismo tenía una parte muy decisiva; el radicalismo sobre todo. Y la Constitución y la Revolución de México fueron siempre, desde su origen, una manifestación radical de inquietud y de descontento: no sólo con la situación injusta de México, en donde la riqueza estaba tan inicuaamente repartida, en donde el peonaje (que era la inmensa mayoría del pueblo mexicano del campo) estaba realmente sometido a la servidumbre, y en algunas partes a la misma esclavitud.

El núcleo, el centro, la esencia de la Revolución mexicana, era una protesta contra el sistema creado del capitalismo, y sobre todo de ese capitalismo mexicano que era verdaderamente implacable contra el trabajador, que explotaba al hombre de la manera más desenfrenada, que ignoraba los derechos de los ciudadanos, los derechos del obrero, del trabajador, del campesino. La mente de los hombres de riqueza y de poder estaba de tal manera encallecida, que a la vista de ellos sucedían las cosas más inicuas, como eran la leva que se practicaba en México y la explotación de los trabajadores en el fondo de las minas, que constantemente ocurrían desgracias, sin que hubiera una sola voz que los defendiera. Todo eso le daba un clima a la Revolución mexicana y a los gobiernos de la Revolución de profundo descontento contra la situación nacional, y de enemistad contra todos los poderosos y contra las naciones imperialistas.

México siempre cruzó todo el trayecto de la Revolución con el signo de las ideas izquierdistas. Hubo pequeños retrocesos, pero en nada influyeron la marcha ascendente de la Revolución hacia los temas de la justicia social. La misma Constitución de 1917 representa derechos de la multitud, derechos de la colectividad, que casi eran ignorados en esa época. Había los derechos del hombre; pero, en nombre de los derechos del hombre se crucificaba a las multitudes pobres y sometidas, a los sumergidos de la vida de México. De manera que no tiene nada extraño que día a día (y más cuando hizo irrupción la revolución rusa) hubiera conquistado grandes simpatizantes uno de los hombres más serenos de México. Porque al principio, esa revolución rusa que tuvo una propaganda formidable en el mundo, venía representando un anhelo de justicia, no de una nación en particular sino de toda la humanidad.

Así pues, no es raro que en la época del general Calles, que siempre demostró más que ninguno de los anteriores presidentes una decidida simpatía por la causa obrera y por la causa agraria, hubiera tenido algunas

veces expresiones verdaderamente alarmantes para el capitalismo. Me parece que en alguna ocasión fue él quien declaró en Monterrey que si las empresas no estaban contentas con la ley, podían renunciar a sus negocios; que los tomaría el gobierno.

El general Calles estuvo en muchas ocasiones en contra de las compañías petroleras; realmente fue el precursor de la inconformidad y del desafío a las compañías petroleras. Siendo Coolidge, me parece, presidente, estuvo a punto de declararse hasta una intervención en contra de México por problemas que se relacionaban con el petróleo. Afortunadamente (por conducto de Morones) se encontraron documentos de una verdadera conspiración de aquel famoso subsecretario de Estado en los Estados Unidos que fue juzgado y sentenciado (en este momento se me escapa su nombre) y que gracias a que esa documentación se le presentó a Coolidge y que él se convenció de que era una verdadera conspiración capitalista la que se quería desencadenar sobre México, y que dio órdenes tan terminantes, que puso otra vez dentro de la fuerza del poder al presidente Calles. Calles tuvo una actitud indiscutiblemente radical; y esa condición de él creó a su alrededor un grupo de hombres que tenían esa ideología izquierdista y que dieron motivo después a que viniera una serie de acontecimientos que orientaron al gobierno, y particularmente al general Calles para que, con su poder de Jefe Supremo de la Revolución, como se le llamaba, optara por el general Cárdenas para candidato a la presidencia.

Recuerdo que en una ocasión el general Calles pidió al partido que fuera yo a platicar con él a Ensenada, donde estaba descansando. Entonces me dictó una entrevista, que yo pulí y arreglé, y en la cual el hombre se mostró radical pero realmente constructivo. Recuerdo que en esa ocasión yo era muy amigo del general Pérez Treviño, a quien considerábamos más cerca que a ningún otro de la candidatura a la presidencia. Hablando en esa ocasión con el general Calles, me dio la clave diciéndome, que el candidato debería ser el general Cárdenas. En esas declaraciones (y ellas están escritas e impresas) consta que yo fui el que le sugerí al general Calles el Plan Sexenal, diciéndole: "Señor presidente: en todo el mundo hay ahora un movimiento hacia la planificación de la política. La política no puede ir ya a la deriva porque se ha complicado tanto la relación de las naciones con los motivos de acción de los gobiernos y las grandes metas que se persiguen por toda la humanidad, que no se puede cursar todo ese trayecto en una forma empírica: es necesario que se marque una pauta a los gobiernos. Podría usted muy bien aconsejar el Plan Sexenal para México". Y él me contestó: "Me parece muy buena idea, y puede usted decir al Partido que deberíamos tomar esa actitud al formular el programa del Partido Nacional Revolucionario, que

forje su Plan Sexenal". Así surgió el Primer Plan Sexenal; surgió [por] el presidente Calles con un plan hecho por el partido de la Revolución: un plan que sin duda fue, desde el punto de vista izquierdista, superado por el general Cárdenas.

No quiero dejar pasar esta ocasión sin referirme al caso de la salida del general Calles del país.

El general Calles, cuando regresó de Europa, había realmente modificado su pensamiento. Le parecía que el camino que se había tomado, particularmente en la causa agraria, estaba desorbitado. Se quejaba sobre todo de que la distribución de la tierra se había hecho en una forma improvisada: se habían creado unas parcelas mínimas que no podían darle al campesino el secreto de su liberación. En efecto, esa teoría ahora parece que renace; parece que se está convenciendo el gobierno mismo de que la parcela que se ha dotado a los campesinos es tan mínima que no los salva económicamente, y creo que se está evolucionando hacia una reconsideración en el reparto de la tierra, que tiene por objeto aumentar la dimensión de las parcelas hasta diez hectáreas cuando menos, porque sólo con esa extensión de tierra se puede fundar la seguridad económica del campesino. Esa idea la traía de Europa el general Calles; personalmente le escuché esa exposición.

Respecto de los obreros, también consideró que la necesidad y crecimiento económico de México reclamaba que la vida de los sindicatos se sometieran a cálculos de cooperación con todo el resto del país; porque estaba perturbando de tal manera la confianza pública que no se podía pensar en reconstruir o en hacer la grandeza económica de un país que estaba sometido a tantas incertidumbres y a tanta desconfianza creada por los obreros de la República y las organizaciones creadas por ellos.

*JW:* Parece que Calles regresó con estas ideas en un momento inoportuno, porque con la caída de Wall Street todos ya pensaban en una revolución social, en vez de una revolución económica; y las dos cosas pueden traer cambios sociales económicos. Pero parece que Calles pensaba en los términos de su viaje en Europa, y de su amistad con Dwight Morrow.

*EP:* Indiscutiblemente que las ideas sabias, probablemente dentro de la abstracción económica, no estaban encuadradas dentro del clima de México. Él mismo había creado el izquierdismo, él mismo había fomentado con sus actitudes durante su presidencia el izquierdismo mexicano, el hecho de la guerra al capitalismo, su tensión constante en contra de la religión, su situación definida en contra de las empresas que ganaban más que lo que deberían ganar (dejando un margen verdaderamente injusto e inicuo al trabajador). En una palabra: él fue el creador de las grandes ideas izquierdistas. Cuando, después de su viaje, de estudio en la serenidad, de sus reflexio-

nes; cuando vio la situación próspera de Europa entonces, y estudió las razones de su prosperidad, él se olvidó de considerar que el pueblo de Europa era muy diferente al pueblo de México. El pueblo de Europa había alcanzado de cualquier manera un estándar de vida que le permitía vivir con cierta dignidad. En cambio, en México no podía haberse todavía terminado la lucha de clases sino que estaba comenzando entonces para sacudirse precisamente [de] la esclavitud en el campo o [de] la explotación del obrero en las industrias. Indiscutiblemente eso me parece a mí un caso perfectamente claro.

Calles tenía una opinión lúcida sobre lo que debería ser el problema del campo y el problema del obrero en un medio enteramente distinto del que él había acudido con su pensamiento antes. De aquí nació que Cárdenas, representando el izquierdismo que le dio precisamente la oportunidad de ser presidente —porque a Calles lo dominaba una doctrina izquierdista— se hubiera aprovechado de esa situación con una habilidad y un valor indiscutible.

Sucedió que estando yo un día en mi despacho, siendo yo senador de la República, el grupo izquierdista del Senado (al que yo no pertenecía, porque yo mantenía, en esa época, una actitud diferente frente al problema de la Iglesia), es decir al problema del catolicismo en el cual decía yo que deberían estar sometidos a las leyes, pero de ninguna manera aconsejar la violación de la ley para perseguir a la religión católica, que es lo que estaban haciendo. Había un gobernador, Garrido, en Tabasco, que había clausurado todas las iglesias. Ese ejemplo lo quería seguir el Senado para toda la República. Yo me opuse. Y junto con ese problema, casi en todos los problemas inclusive el agrario, mi voz fue siempre la de apegarse a dos realidades: a la que México vivía en la pobreza, y que no podía salir de la pobreza sin que al mismo tiempo hubiera una confianza relativa nacional e internacional; que no podíamos ir conduciendo un gobierno por caminos inconstitucionales o violatorios de la ley. Me mantuve casi único en el Senado. Eso me dio mucho prestigio en aquella época, porque con mucha independencia de criterio y con mucho riesgo de mis opiniones combatí las cosas que me parecían inadecuadas para el vigor y el crecimiento económico de México y para que se tuviera como vida institucional la que vivía México. [Como decía], estando yo un día en mi despacho se me presentó todo el grupo izquierdista de la Cámara de Senadores. ¡Me llamó la atención! Tanto que les dije cuando entraban: “¿Me vienen ustedes a aprehender?” Se rieron y dijeron: “No, señor licenciado, venimos a pedirle un favor”. “¿Qué se les ofrece?” Dijeron: “Ayer recibimos un oficio del general Matías Ramos, que es presidente del Partido, en que nos da verdaderas órdenes a nosotros, que somos el Senado de la República. Creemos que él está violando la soberanía del Senado, y

creemos que eso es incorrecto, y queremos que usted nos acompañe a ver al general Calles y que usted lleve la voz —usted que siempre se ha mostrado un constitucionalista y un hombre que defiende la ley en todas las ocasiones— para pedirle al general Calles que le diga a Matías Ramos que retire ese oficio insultante para el Senado. Acepté con algunas condiciones, entre otras la de que yo expondría mi opinión sin cortapisas de ninguna especie, y que ellos me respaldarían en lo que yo expusiera. Estuvieron de acuerdo.

Llegamos a Cuernavaca; nos recibió el general Calles. Nos mantuvo un rato de pie, y después de oír un discurso de mi parte —un discurso constitucionalista— hablando de lo que significaba el Senado en las instituciones de la República, y que esa actitud agresiva del presidente del partido, le hacía daño al partido y a las instituciones. Cuando yo hube terminado mi elocuente discurso, el general Calles nos dijo: “Pues bien, voy a girar hoy mismo un acuerdo al señor presidente del partido para que les mande retirar el oficio que les envié al Senado”. Entretanto habíamos estado de pie, y él, con mucha serenidad, nos había indicado que estaba de acuerdo con el criterio que le expusimos; cuando de pronto dice: “Pero bien, siéntense ustedes. Ahora les voy a decir algo que me importa a mí”. Y entonces comenzó a hacer un discurso sereno y enérgico —como todo lo que él hablaba— atacando verdaderamente, sin ningún disfraz, al gobierno del general Cárdenas. Habló precisamente de lo que acabábamos de referir: de que se había mantenido en el gobierno del general Cárdenas un desenfreno de los obreros, que todas las organizaciones obreras estaban trabajando en contra del país; que Cárdenas debía tomar otra actitud que no fuera la de darles beligerancia a líderes sin responsabilidad. Unos ataques verdaderamente ardorosos en contra de los líderes, a los que aplicó los más serios calificativos, diciendo que por encima de los líderes estaba la República, estaban los intereses de la nación. Y así sucesivamente analizó la situación del país en términos de una verdadera oposición al gobierno.

Mientras el general Calles hablaba, mis compañeros, que eran un grupo de senadores izquierdistas, movían la cabeza en sentido de aprobación. Algunos de ellos tenían exclamaciones de adhesión a lo que estaba diciendo el general Calles. Cuando terminó, todos lo felicitaron. Yo no dije nada y me despedí del “Presidente”, del general Calles, del Jefe de la Revolución, como se le llamaba, porque yo tenía algo urgente en México —en esa época romántica para mí— y quise regresarme inmediatamente. Cuando llegué a la puerta oí la voz de un senador que me dijo: “Padilla, el Jefe te quiere hablar”. Entonces volví y le dije al general Calles: “¡Estoy a sus órdenes, mi general!” Dijo: “Oiga usted, aquí me dicen los senadores que lo que yo acabo de decir es de tal importancia, de tanta trascendencia para el país, que debería

publicarse. Y entonces yo quiero pedirle a usted el favor de que le dé forma a todo lo que yo acabo de exponer, y que me lo traiga mañana mismo para que se entregue a la prensa”. “Muy bien, mi general”, le dije, “Así lo voy a hacer”. “Entonces, ¡hasta la vista!”

Los senadores se entretuvieron un poco, pero al fin en el camino reflexioné y dije: “Voy a esperar a que estos señores acaben de pedir al general Calles lo que le deben estar pidiendo y aprovechándose de esta oportunidad, porque quiero ir comentando el discurso del general Calles con ellos”.

Subí en mi coche a los ocho senadores conmigo y, difícilmente, dentro del coche empecé a meditar lo que había dicho el general Calles. Les dije: “Deseo dar forma a lo que el Jefe de la Revolución acaba de decirnos; pero, con el objeto de ser fiel a lo que dijo, me voy a permitir repetirles aquí, palabra por palabra, lo que él ha dicho. Si incurro en algún error, les ruego me lo rectifiquen para tomarlo en cuenta, a fin de que lo que yo escriba esté enteramente de acuerdo con todos nosotros”. Y fue motivo de sorpresa para todos los senadores el que yo les haya repetido casi textualmente, como si yo hubiera estado leyendo una versión taquígrafa lo que había dicho el general Calles. “¡Exactamente!, eso es lo que dijo el señor general Calles”.

Llegué a mi oficina; no había ya taquígrafa. Entonces toda la noche estuve trabajando a mano en las declaraciones. Al día siguiente llamé a la taquígrafa y me estuve corrigiendo lo que ella había escrito. Volví a la máquina y, entretanto se había pasado la mañana.

Yo me había encerrado en mi casa diciendo que no estaba yo visible para nadie. (Ni siquiera recibía yo telefonemas). Y había ocurrido algo entretanto, muy extraño. Los senadores que me acompañaron corrieron a ver al general Cárdenas y a decirle lo que había dicho el general Calles. Entonces el general Cárdenas mandó a buscarme por dos conductos: del expresidente Portes Gil, y de Matías Ramos. Pero yo estaba oculto propiamente; eso cambió el destino de la historia, el que yo me hubiera ocultado; porque si me hubiera encontrado Portes Gil —que había sido el Presidente cuando yo era su ministro, y además somos amigos fraternales desde la escuela— me hubiera convencido de que esas declaraciones no las llevara al general Calles [sino] hasta que hablara Cárdenas con él. Matías Ramos me buscó por todas partes; si él me hubiera encontrado me hubiera dicho lo mismo: “El presidente Cárdenas, le ruega a usted que no entregue esas declaraciones hasta que él haya podido hablar con el general Calles”.

Indiscutiblemente el presidente Cárdenas quería arreglar eso en una forma cordial con el general Calles. Pero yo no estaba en ninguna parte.

A las dos o tres de la tarde que me entregaron ya limpias las copias, me fui a Cuernavaca solo. Llegué a Cuernavaca; el “Presidente” Calles estaba

en la puerta impaciente, tanto que me dijo: "¡Vaya que por fin llegó!" Y entonces, en el pórtico de su casa en Cuernavaca —muy señorial por cierto— se sentó a un lado y me dio asiento a mí y me dijo: "¡A ver, a ver!; léame usted las declaraciones". Entonces las leí; yo le notaba —porque yo le espía— un poco— signos de aprobación, y casi de admiración. Y cuando terminé de leerlo, con verdadero júbilo, casi frotándose las manos, me dijo: "Perfecto. No le falta ni le sobra una coma a esas declaraciones. Me parecen perfectas". "Oye muchacho", le dijo a su valet, "trae aquí unas copas de coñac; de ese viejo que tengo allí: ¡el mejor coñac que tenemos aquí". Efectivamente trajo dos copitas, nos las tomamos. Y al terminarlas puse la copa en la mesa y le dije al general Calles: "Mi general, he terminado la misión que usted me ha dado, y me alegro que usted haya estado de acuerdo, y que se sienta complacido con ese trabajo. Pero ahora me toca a mí decirle —del amigo, al amigo respetado como es usted— algo que no podría dejar de decirle: Estas declaraciones son perjudiciales para el país y para el gobierno, y para el partido". "¿Pero cómo?", me dijo, "¿Por qué dice usted eso?" "Porque están hechas por el Jefe de la Revolución y por un amigo del presidente Cárdenas; porque todos lo consideran así. Y estas declaraciones van a provocar en la opinión pública la convicción de que usted está condenando al gobierno. Es un discurso de oposición; y un discurso de oposición hecho por un amigo hace más daño que un discurso de oposición hecho por un verdadero opositor abierto del gobierno. Estas declaraciones debe usted hacerlas de tal manera que las oiga sólo el general Cárdenas; que oiga usted su réplica, que usted lo persuada. Usted es un hombre que tiene un gran ascendiente con él. Pero en la forma que usted pretende lanzarlas a la publicidad y del dominio público, sin que las hubiera conocido el general Cárdenas, son un acto que va a dañar profundamente al gobierno, y a la Revolución misma. Y yo creo que en esa situación usted debería meditar siquiera este día, si las entrego o no a la prensa". Porque ya me había dicho que las entregara.

El general Calles se me quedó viendo y me dijo con una voz serena: "Mire Padilla, eso que usted me está aconsejando, lo he hecho varias veces. En 'El Tambor' (una hacienda aquí cerca de Jalisco), hemos estado horas hablando de este tema con el general Cárdenas, y no he podido convencerlo; o al menos, si lo convencí delante de mí, ha hecho todo lo contrario ahora que regresó a México. Y creo que hay veces que a los amigos hay que hablarles en esta forma". Entonces me puse de pie y le dije: "Mi general, yo he cumplido con mi deber. Usted tiene mucha más sabiduría política que yo. De manera que me voy pues, tranquilo, y me despido de usted para entregar estas declaraciones en la forma que usted lo desea".

Entregué las declaraciones, y ya todos ustedes conocen las consecuencias. El general Cárdenas, después de dos o tres días de reflexión, se separó violentamente del general Calles.

En una ocasión, yendo de México a Cuernavaca, siendo ya presidente el general Ávila Camacho —lo acompañaba yo cada semana a Cuernavaca— veníamos los dos platicando de política, o de las cosas que ocurrieran. Me dijo de improviso: “¡A ver, dígame usted, licenciado!, ¿Qué hay de verdad en eso que dicen que Portes Gil y usted se pusieron de acuerdo para derrumbar al general Calles, en aquellas famosas declaraciones que hizo usted”. Le dije: “He oído esa versión, señor Presidente; pero usted tiene una manera muy directa de comprobarlo: ya el general Calles, gracias a la autorización y a la actitud amistosa y generosa que ha tenido usted con él, está aquí en México; está allí en su casa, aquí en su casa a unos cuantos pasos de distancia. ¿Por qué no lo invita usted?, y hágale usted a él esa pregunta que usted me acaba de hacer”.

Efectivamente, el presidente Ávila Camacho tuvo la ocasión de hablar con Calles, porque un día me dijo: “Usted tiene razón, y efectivamente me alegro de que me haya hecho ese esclarecimiento porque en la alta estimación que le tengo a usted, pues, esa sombra me perturbaba un poco”.

El general Calles ha muerto, y realmente no hay una constancia escrita; hay sin embargo una prueba irrecusable de lo que estoy diciendo, porque un día el señor Álvarez, José Álvarez, íntimo del general Calles y amigo mío, me dijo: “El general Calles desea platicar contigo. Si vieras qué estimación te tiene. Fue una sorpresa para mí muy grande el que lo haya yo oído hablar de ti en una forma tan encendida y tan apasionada, diciendo que tú eras el único que tuvo el valor, cuando él tenía el mando del país, de hacerle una observación que requería verdadero valor de tu parte para hacérsela”.

Después, los hechos comprobaron esa estimación, porque en los años últimos, el general Calles quizá no tuvo un amigo a quien más estimara que a mí. Comíamos los fines de semana juntos: yo en su casa, o él en la mía. Y cuando me lancé a la candidatura de Presidente de la República, llamó a Melchor Ortega —que era su íntimo— (él fue expulsado del país junto con Calles por el general Cárdenas) y Melchor se presentó y me dijo: “Vengo a saludarte de parte del general Calles. Desea hablar contigo y yo me vengo a poner a tus órdenes para la campaña”. Entonces hablé con el general Calles y me dijo: “Mire, Melchor Ortega es un hombre leal y bueno, y definido, y acabo de decirle que deseo que él sea, si es posible, el presidente de la campaña presidencial de usted”. Y Melchor Ortega fue el presidente de mi campaña.

Todavía le faltaban unos veinte minutos para morir, cuando entré a saludarlo por una verdadera coincidencia, me dijo: “He dejado una tarjeta escrita

para mi hijo" (que estaba entonces en el estado de Sonora, en Ciudad Obregón) "para decirle que le dé a usted todo su apoyo, Plutarco Elías Calles, hijo". Le di la tarjeta a Plutarco, aunque él no se puso de mi parte; pero esa tarjeta existió. De manera que era enteramente imposible pensar que yo había obrado en contra del general Calles, con toda esa serie de demostraciones que el propio general Calles me hizo.

Cuando el general Cárdenas lanzó al general Calles, le dijo a Portes Gil (porque el general Cárdenas hizo el cambio de su gabinete): "El candidato ideal para mí en Educación Pública era el licenciado Padilla; pero ha visto usted, con estas declaraciones ya no lo puedo hacer ministro en mi gabinete. Sin embargo, yo era senador y me respetó como senador; no obstante que todos los senadores querían que se hiciera conmigo lo que hicieron con algunos diputados de la Cámara de Diputados: desaforarlos. Cuando trataron de hacerlo, yo pedí licencia; pero cuando volví al Senado, y sobre todo mi suplente que estaba en mi lugar, tenían mucho interés en que yo no volviera. El general Cárdenas les dijo: "El licenciado Padilla no puede ser removido del Senado; es un hombre que debemos respetar".

De allí para adelante, puede decirse que mi vida está escrita en libros, en periódicos. Porque ya como ministro, como embajador, como ministro de relaciones exteriores, y todo lo que hice en la campaña presidencial, etc., consta en las páginas de los periódicos, durante años mi figura estaba en la primera plana.

*JW:* Es tan vasta su actuación, que sin su síntesis, sin su manera de relacionar las cosas y poner su dedo en los puntos más importantes; sin su colaboración, no podríamos entender la Revolución mexicana. Una pregunta: ¿por qué Calles permitió que Cárdenas llegara a la presidencia?

*EP:* Yo he oído decir a veces al mismo don Fernando Torreblanca, que era su secretario y su yerno, y el hombre de su confianza, y creo que de su cariño personal, que no comprende por qué el general Calles se decidió por Cárdenas, cuando lo conocía demasiado. "Es un misterio para mí", me ha dicho él.

Pienso que Calles tenía una tendencia izquierdista. Es decir: él creía que la Revolución no debía paralizarse, y consideró que el general Cárdenas era un hombre de mucho juicio; que sabría mantener los senderos de la Revolución, estrictamente mexicana; y quizás, por un cariño personal que le tenía al general Cárdenas. Porque era común la expresión de que, Cárdenas era considerado por el general Calles como si hubiera sido su hijo; que le tenía un gran afecto y un gran cariño. Y pensó que el general Cárdenas acataría sus indicaciones; que podría, cerca de él, servir de freno en el rumbo que iba a seguir el gobierno. Y, efectivamente, el general Cárdenas al principio puso en su gabinete hasta a un hijo del general Ca-

lles. Pero el choque que produjo el mismo general..., ipues lo divorció completa y totalmente!

*JW:* ¿Calles produjo ese choque?

*EP:* Considero que entre los arrepentimientos de la historia política de México, ninguno es tan hondo y tan grande como el que tuvo Calles de haber hecho presidente al general Cárdenas.

*JW:* Se dice que Rodolfo Calles tuvo mucho que ver en escoger a Cárdenas porque tenía miras presidenciales él mismo.

*EP:* Creo que la familia del general Calles se inclinó completamente al general Cárdenas, precisamente porque el general Cárdenas llegaba al seno de la casa de Calles, entre toda su familia, con una gran confianza, y había despertado gran simpatía y afecto, entre los muchachos sobre todo. Con ellos el general Cárdenas había sido muy gentil y muy generoso, y eso puede haberlos movido a pensar, a los hijos, que Cárdenas sería siempre leal a la familia Calles.

*JW:* Pero Cárdenas había tenido algunas dificultades siendo gobernador de Michoacán. Al regresar Calles de Europa, él aconsejó que se frenara la reforma agraria como estaba funcionando, y Cárdenas rechazó ese consejo de no seguir repartiendo tierras. Eso, ¿no fue una indicación que iban en dos caminos ideológicos diferentes, aunque fueran amigos?

*EP:* Le repito lo que me dijo el yerno del general Calles: "Yo no me explico cómo el general Calles pensó en Cárdenas, cuando ya lo conocía".

*JW:* Durante la campaña presidencial, Cárdenas había dicho muchas cosas que debían haber asustado a Calles.

*EP:* Creo que sí. Desde su campaña fue demasiado acentuada su simpatía por los sistemas izquierdistas del mundo.

*JW:* Algunas personas han dicho que Calles, en su discurso de Guadalajara, implantó la educación socialista en parte para adelantar la educación socialista en que creía; pero por otra parte, para frenar a Cárdenas; para darle algo importante, una lucha importante, pero también una lucha que sería muy dura para él y que frenara sus ambiciones más radicales.

*EP:* Todas esas materias ya caen dentro de un sistema de interpretaciones y conjeturas a las cuales pues, no podría yo responder de una manera categórica. Yo le estoy indicando a usted algo en lo que participé, y en lo que yo conozco a fondo. De manera que con todas esas versiones que son tan variadas, no acabaría nunca una entrevista si las estuvieramos considerando.

*JW:* Usted, siendo amigo de Portes Gil y de Calles, se ubicó en una posición entre los dos. La posición de Calles sale aquí en esta entrevista; porque ustedes fueron a hablar con él para rectificar la orden de Matías Ramos, en vez de ir a hablar con el presidente.

*EP:* Sí; pero el Partido de la Revolución tenía como Jefe de la Revolución directamente a Calles.

*JW:* Entonces ustedes tenían razón.

*EP:* Exacto.

*JW:* Muchas personas han interpretado que usted se había acercado a Calles para derrumbar a Cárdenas, y que la conspiración estaba entre usted y Calles para derrumbar al presidente constitucional.

*EP:* Pues ahí tiene usted las contradicciones. Se me acusaba de que yo quería echar abajo a Calles y, por otro lado, que era a Cárdenas. Pero mi actitud en esa ocasión estuvo tan limpia, itan clara!; porque yo siempre he obrado frente a frente en la política; usted vio que cuando el general Ávila Camacho fue presidente, un íntimo amigo y propiamente ayudado para llegar a la presidencia por el general Cárdenas, Camacho no vaciló en buscarme para ayudarme en mi campaña presidencial, ni tampoco en nombrarme su secretario de Relaciones, que era lo más importante que había en esa época. Porque cuando entró el general Ávila Camacho, la guerra ya había comenzado.

*JW:* Falta una cosa. Esa experiencia que usted acaba de contarnos que nunca ha salido a la historia, y es una aportación muy importante para entender el pasado, pasó en 1935; pero Calles fue expulsado hasta 1936. El incidente por el cual él fue expulsado fue después de su regreso, para defenderse... había un grupo de militares... había un periódico fundado: *El Instante*, y había un grupo que lo rodeaba a él. Usted, ¿tuvo parte en eso? Hubo un descarriamiento, un tren dinamitado en Veracruz en que se dijo que había habido una rebelión en contra del gobierno. ¿Puede explicar esto?

*EP:* Pues en esa época, pedí licencia del Senado porque me retiré a estudiar. No quise participar en ese momento álgido en que yo había tomado una parte tan visible de participar en la política. Ese año me mantuve al margen de la política completamente. De manera que cuando al año siguiente volví al Senado, el propio general Cárdenas recomendó que de ninguna manera se tratara de obstruir mi entrada al Senado.

*JW:* ¿Tuvo relación con los callistas que querían defender a Calles?

*EP:* No. Todos se dispersaron y ya no hubo nada. Yo no era propiamente callista en esa actitud; ni era tampoco gobiernista. Yo desempeñé ocasionalmente, por la confianza de un lado del general Calles, y a solicitud de los senadores el papel de transmitir un deseo del Senado de que se considerara con respeto a esa institución; y eso es todo lo que yo hice. Yo era amigo del general Cárdenas, y era amigo de Calles en esa época.

De manera que cuando me retiré, lo hice por dos cosas: primero, porque yo no estaba de acuerdo con las declaraciones que hizo el general Calles. La prueba es que le dije a él que no estaba bien. Es decir, no podía

tampoco rebelarme contra Calles porque hubiera sido muy... Para un oportunista hubiera sido magnífica una declaración de: "Yo no participo en las ideas del general Calles". No tenía yo ese camino por mis sentimientos de honor. No me parecía una postura digna de mí el que después de haber sido su intérprete yo declarara algo en contra de Calles, como hubo gentes muy importantes que lo hicieron, entre otros, Riva Palacio y Puig Casauranc. Yo no quise. Consideré que lo mejor que yo podía hacer era apartarme un poco de la política. Hasta el año siguiente que volví a la política, ya tuve una actitud acentuadamente independiente. Hubo ocasiones en que realmente el presidente Cárdenas consideró que yo estaba atacando al gobierno. Sin embargo... el tiempo me daba en alguna forma la razón.

25 de enero de 1965

*JW:* En la última entrevista hablamos de las dificultades que surgieron entre Calles y Cárdenas, y de sus declaraciones y su papel en esos problemas. Para aclarar eso, tal vez podamos hablar un poco de las publicaciones que usted hizo antes de la ruptura entre esos dos señores. En 1933 usted publicó algunos libros: *El general Calles señalando rumbos. Conversaciones con Ezequiel Padilla*. También publicó, *A qué debe tender el Plan de los Seis Años: Abelardo L. Rodríguez entrevistado*. También una publicación, *El aspecto político de la sucesión presidencial*; otro, *El PNR, baluarte de la Revolución, Discurso del 18 de marzo de 1934*. En 1934 publicó otros libros: *Nuestro socialismo, Discurso ante el Senado de la República, al discutirse el Proyecto de Reformas al Artículo Tercero; Los enemigos del PNR. Discurso del 9 de abril de 1934*. Todas estas publicaciones tienen una línea, una tendencia que parece muy diferente de los términos del lenguaje en que se hablaba en esos años en que Cárdenas iba a ascender al poder. ¿Qué propósito tenía?

*EP:* Como he señalado en las declaraciones anteriores, yo sentía que el país efectivamente iba avanzando hacia una organización democrática sin la cual yo sentía que todas las conquistas de la Revolución carecían de firmeza y de perdurabilidad. Por tanto, a través de todos los años desde que comenzó la Revolución, hasta 1933, había sido una sucesión de acontecimientos que aparentemente tenían la forma de la violencia, de los retrocesos, de la vida sanguinaria de las luchas civiles. No se advertía una luz, una dirección; nada que pudiera dar la más remota idea de que la Revolución llevaba un rumbo. Sin embargo, la Revolución llevaba un rumbo, y cada vez lo fue afirmando, y cada vez estuvo realizando avances extraordinarios en la línea recta de la vida democrática de México. Primero que nada, debe advertirse que duran-

te la época heroica, digamos así, de la Revolución, la vida de la guerra civil y de las luchas constantes, de las sublevaciones, toda la República estaba dividida en sectores militares: cada jefe militar era dueño de sus soldados y del terreno donde estaba viviendo; un feudalismo militar tremendo durante varios años, que son los que equivalen a los principios de la Revolución. Sin embargo, cuando se terminó la lucha civil en su parte más dramática, y cuando Venustiano Carranza comenzó a ejercer el poder y a tratar de unificar la República, se advierte con claridad que el pensamiento de los estadistas que iban sucediéndose era el de reprimir el militarismo, el de darle unidad al ejército de la República, el de acabar con todos esos sectarismos militares, en los cuales no había más propósito que el botín y el asalto.

Y todo eso se fue realizando. Poco a poco el ejército fue consolidándose; a tal grado que hubo ya un momento, cuando el general Obregón llegó a la Presidencia, en que ya las divisiones (los generales divisionarios) habían reducido su número y habían ensanchado su territorio. Era hora indispensable que cada uno de estos jefes militares tuviera la conciencia de que pertenecía a una institución, que era el ejército, y que los soldados y los oficiales que estaban bajo su mando no eran una propiedad del jefe de esa división, sino que eran miembros del ejército de la República.

Recuerdo que en una ocasión el general Obregón, estando yo presente, dio órdenes para que el jefe de operaciones del remoto estado de Sonora regresara a México inmediatamente para recibir órdenes. Y en ese mismo instante le daba instrucciones a un general divisionario, aquí en la ciudad de México, para que fuera a encargarse del mando de la división de Sonora. "Señor presidente", le dijo el militar al general, "Usted sabe que en nuestras tradiciones el divisionario que tiene un mando de fuerza se siente dueño de todo el ejército que está bajo su mando; de todos los batallones, de los oficiales y de los soldados; y éstos a su vez lo consideran a él como el único jefe al que tienen que obedecer. Usted me manda para ir a Sonora, y me manda solo: quiero saber si voy a llevar algún batallón bajo mis órdenes para ir a tomar mando de aquella fuerza". El presidente le contestó: "Usted va a ir enteramente solo; sin más armas que un oficio en el cual lo designo a usted 'Jefe de las Operaciones del estado de Sonora'." "Cumpliré con mi deber", dijo el general aludido, y se fue. En esos instantes venía en camino el general divisionario de Sonora, y al entrar a Palacio lo primero que le dijo el general Obregón fue: "Me da mucho gusto de saludarlo, mi general; y estaba yo impaciente porque usted tiene que salir inmediatamente a tomar el mando de la fuerza de la división del estado de Yucatán". "Pero, ¿cómo?", dijo el general de Sonora: "Toda mi fuerza, todos mis soldados están en Sonora". "No, mi general", le dijo el presidente: "De hoy en adelante ningún

divisionario es dueño de su fuerza, de sus oficiales, de sus soldados: usted es un general de división del ejército mexicano, y pertenece usted a la República; de ninguna manera a un determinado batallón.

Fue un golpe audaz; ¡pero señaló un rumbo! De entonces en adelante, poco a poco se fue perdiendo la sensación de que un general de división era propietario de las fuerzas armadas que dependían de él. El paso democrático que esto significa es muy difícil de ser comprendido. En efecto, desde ese instante la organización armada se convertía en un aparato de fuerza democrática; dejaba de ser sectores o feudos entregados a hombres armados.

De la misma manera que con el ejército, sucedía con los gobernadores de estado: un gobernador de estado en los años de la primera década de la Revolución se consideraba dueño de la provincia. Cuando él terminaba su periodo, él mismo elegía a su sucesor; los diputados y los senadores eran enviados por el gobernador del estado. Por lo tanto, había en la República tantos feudos como provincias, como gobernadores influyentes en las distintas partes de la República. Entonces el general Calles tomó una decisión, que fue la de formar el partido político de la Revolución: el PNR. Llamó a los gobernadores y les dijo: “¿No creen ustedes que sea mucho más digno y mucho más grande para México el que cada uno de nosotros, y todos juntos, pertenezcamos a un solo partido, sin que haya un grupo de partidos dispersos en el país? De hoy en adelante los gobernadores, los diputados, los senadores, serán miembros del partido de la Revolución; y por tanto, en esa forma dejaremos de formar segmentos de la República”.

Este paso fue extraordinario. Antes de entonces se decía: los diputados del gobernador Zuno, del estado de Jalisco; los diputados del gobernador del estado de Guerrero”, porque él los enviaba, él los designaba y se sabía que tenían que ser aprobados. Desde entonces los gobernadores han venido perdiendo poco a poco esa fuerza. Primero nombró el partido a los diputados y senadores, con alguna influencia de parte del gobernador. Actualmente el gobernador nada tiene que hacer en la designación de los diputados y senadores: es el partido de la Revolución. Se le había dado, pues, unidad a la República.

Pero eso no era todo. Frente a los militares y a las fuerzas de la provincia que obedecían a los gobernadores y a los caudillos militares, había que levantar una fuerza que realmente representara al pueblo. El general Calles creó entonces las fuerzas obreras, el partido obrero: la CROM, la CTM; partidos poderosos que contaron inmediatamente millones de adeptos. Todos estos partidos eran más fuertes que el gobernador de cada uno de los estados. De la misma manera, mucho más fuerte que los divisionarios que habían perdido ya una enorme parte del poder que antes tuvieron.

El partido de la Revolución hizo avanzar también a México hacia la realización democrática, pero no fue bastante. Entonces se pensó que habiendo ya una organización en el partido en que había quedado disuelta la fuerza de los estados, las fuerzas de los militares, las fuerzas de los gobernadores; en que había surgido la fuerza de los obreros; ahora, para enfrentar a todos ellos una nueva fuerza, se creó la fuerza de los campesinos. De ahí surgió la Confederación Nacional Campesina que aglutinó imillones de campesinos! Cada uno de ellos representaba un sector que trataba de defender sus propios privilegios.

Se fue desvaneciendo el predominio de sectores que antes eran prepotentes, y que en estas condiciones ninguno significaba el peso total de la política, sino que cada uno representaba fragmentos de la política. El centro, en cambio, se iba fortaleciendo. Alrededor del partido de la Revolución, obreros, campesinos, provincias, militares, iban formando parte de esa gran fuerza política. Pero no estaba todavía completa: había necesidad de integrarla de una manera más completa; hacían falta los intelectuales y la clase media del pueblo que no eran campesinos, ni eran obreros, ni eran militares. Entonces se creó el sector popular, el más fuerte ahora y que representa a intelectuales, burócratas, servidores de todos los servicios civiles y particulares. De este sector popular surgen ahora la gran mayoría de los líderes, especialmente de las cámaras, de las legislaturas de los estados, y un gran número de gobernadores. El partido de la Revolución ha sido un partido fuerte, galvanizado con la clase media, con los profesionistas, con los intelectuales.

Cuando veo esa forma avanzada de ir organizando a un país que vivió en el caos y pienso que ha habido estadistas que han podido lograrlo, me parece tan grande el éxito que han alcanzado. He conocido a todos estos hombres y no vi en ellos que realmente tuvieran la grandeza mental para crear lo que ha sido el partido de la Revolución, que mantiene la estabilidad política y económica de México. El partido le ha dado tanta seguridad a la vida de la República, que contrasta completamente con la incertidumbre, la anarquía, la guerra civil, el caos que predomina en el resto de América Latina.

En la organización del partido faltaba todavía algo importante, y era precisamente la clase empresarial, los hombres de empresa, los líderes de la iniciativa privada. No era muy fácil incrustarlos dentro del partido de la Revolución, porque quizás hubiera debilitado su carácter popular de mayorías realmente reivindicadoras que han estado representadas por la Revolución. Entonces se favoreció la creación de grandes organizaciones de empresarios que equilibran indiscutiblemente la vida económica de México. Y así tenemos la Concanaco, que es la Confederación Nacional de Cámaras de Comercio; tenemos la Concamin, que es la Confederación Nacional de Cá-

maras Industriales; tenemos cámaras mineras; en una palabra, una serie de organizaciones. La Confederación de Banqueros, todos ellos, aun cuando no forman parte directa del partido de la Revolución, sí tienen un constante contacto con todas estas fuerzas, y particularmente con el Presidente de la República. A través de todos los vaivenes políticos, estas organizaciones de hombres de empresa, de hombres de capital, los grandes capitalistas de México, toman parte en la dirección política de la República.

¿Qué tiene de extraño, pues, que dada esta organización y estas fuerzas que han estado concentradas con un propósito definido, hayan logrado estabilizar la paz permanente en México? Ciertamente todavía no realizamos en una forma definitiva la verdadera democracia. No sé si lo he referido, pero en alguna ocasión cuando yo era presidente de la Cámara de Diputados, en 1923, es decir, de eso hace más de cuarenta años, por motivos peculiares de mi estado, invité a algunos diputados para visitar al Presidente de la República y quejarnos de que se estaba violando la voluntad del pueblo en ese estado. El presidente Calles nos recibió inmediatamente. Pronuncié un discurso en el que abundó la expresión: “la voluntad del pueblo se está burlando; no se respeta el sufragio del pueblo; nosotros hemos hecho una revolución para que la voz del pueblo sea la que guíe a la República”. En ese momento me detuvo el presidente Calles y me dijo: “Oiga usted, Padilla: ¿a qué pueblo se está refiriendo? Nosotros no tenemos pueblo, ¡lo estamos haciendo!”

Esta frase profunda es cierta. A través de todos estos años, lo que en México ha acontecido es que estamos haciendo al pueblo. Poco a poco ha venido surgiendo y aun cuando todavía no adquiere la plenitud de su conciencia democrática y política, ya no estamos como en la época de los principios de la Revolución. El partido actual da grandes pasos para realizar verdaderas elecciones: por la educación, para que tenga una conciencia democrática; por la justicia social, para que cada hombre tenga la dignidad económica de sentirse con libertad de participar en una forma efectiva en los destinos de su país. Cuando estudiamos la historia de los pueblos contemporáneos, vemos que esto que ha logrado México y que lo ha convertido en un país en ascenso, es un ejemplo extraordinario y una cosa verdaderamente excepcional. Este esfuerzo de hombres de Estado, este esfuerzo conciente y tan bien orientado indiscutiblemente llama la atención. Creo que México ha alcanzado una posición política de estabilidad y de economía avanzada, que vamos hacia adelante, y que en muy poco tiempo podremos alcanzar el último peldaño, la verdadera democracia.

*JW:* ¿Conoce usted el libro de Frank Brandenburg que acaba de salir sobre la política de México? Él ve una democracia de “partido único”, en donde hay diferentes grupos que tienen influencia. ¿Le parece justa esta tesis?

*EP:* Yo la he descrito a través de la historia de la Revolución, tal como se fue forjando, poco a poco. Porque estas cosas que acabo de señalar no nacían espontáneamente: eran un acto del gobierno. Por ejemplo, la creación del partido de la Revolución fue un acto del general Calles: convocó a toda la nación a formar un solo partido. El acto de la distribución de la tierra fue un acto de la Revolución, y la creación de un sector campesino con fuerza propia se tradujo en la creación de la Confederación Nacional Campesina, la CNC, que fue un acto deliberado de estadistas. En lo que se refiere a la organización de los obreros, igualmente fue en la época del general Obregón. Él patrocinó y ayudó al nacimiento de la CROM. En la época del general Cárdenas nació la CTM. La organización de los banqueros a que acabo de referirme, fue una cosa también propulsada y deliberadamente hecha por el gobierno de la República. En una palabra, cada uno de estos ascensos ha sido un acto deliberado del gobierno de la República, no ha sido una cosa de coincidencia o esporádica. De manera que la organización actual de la República es producto del esfuerzo de estadistas que meditaron y consolidaron la forma actual de México.

*JW:* Los grupos, por ejemplo, la Concamin o los banqueros, ¿tienen ellos una voz en el partido, o es una voz indirecta?

*EP:* Todas estas organizaciones de empresarios y capitalistas no podían caber dentro del partido de la Revolución sin debilitar su ideología. Por esa razón no están dentro del partido; pero, de hecho participan en la vida activa de México con mucha fuerza dentro de las determinaciones del partido, y en sus contactos directos con el presidente colaboran en la política nacional.

*JW:* Brandenburg ha dicho que los actores del partido no tienen mucha influencia y mucho poder. Que tienen su voz, pero en el partido. Hoy, las organizaciones que usted acaba de mencionar, tienen en efecto mucho más importancia fuera del partido.

*EP:* Eso me recuerda cuando se habla en los Estados Unidos de la “tremenda” fuerza del capitalismo, que es un país capitalista, y que son las organizaciones capitalistas las que manejan el destino de los Estados Unidos. Cuando uno se pone a meditar sobre la vida económica de los Estados Unidos, surge la pregunta: “Si realmente los capitalistas dirigieran la vida de los Estados Unidos, el *income tax*, el *inheritance tax*, las obras públicas que se hacen en beneficio de los trabajadores, los salarios tan altos que perciben los trabajadores y que son a veces resultado de huelgas; si el capitalismo fuera el que maneja a los Estados Unidos, serían inexplicables esas leyes y esas actitudes”.

Lo mismo ocurre en México. En México estamos viviendo, como todo el mundo, una época de acontecimientos económicos. En ellos, todas estas

fuerzas, que son las que manejan gran parte de la fuerza económica, tienen participación. Pero si eso fuera que ellos manejan la situación, tendríamos el caso de un *income tax* extraordinariamente alto. La participación de los trabajadores en las utilidades de cada compañía, la serie de garantías que tienen todos los obreros, ¿podrían entenderse, si los obreros y los campesinos no tuvieran el manejo directo de los destinos de la República en una gran parte? Sería imposible. El avance de las fuerzas populares es indiscutible en México debido a que esas fuerzas son verdaderas fuerzas políticas.

*JW:* Una buena comparación, y creo que una buena crítica de la tesis de Brandenburg. Tal vez sepa usted algo de las dificultades entre el ex gobernador Cárdenas, que salió del estado de Michoacán en 1932, y el nuevo gobernador, el general Benigno Serratos. Hubo una lucha tremenda entre ellos, y parece que muchas personas han dicho: “Pues el gobernador de aquel entonces no tenía que ver...” Pero por lo general tenía mucho que decir, que ver.

*EP:* Ese episodio que usted señala realmente carece de importancia. En nada influyó sobre la marcha de los acontecimientos políticos de México. Cuando más, puso en relieve dos tendencias: una moderada y la otra extremista, especialmente la de repartición de tierras; pero de ninguna manera puede considerarse que fue un impacto sobre la marcha de la Revolución.

*JW:* Bueno, unas personas han dicho que tal vez eso significaba la diferencia que iba a surgir después.

*EP:* Es lo que acabo de decir: un matiz ideológico que se anunció, pero que desaparece en importancia comparado con los acontecimientos que después se sucedieron.

*JW:* Usted, escribiendo esos libros en esos años, hablando con Calles, por ejemplo, quería señalar lo que la Revolución había obtenido. También fue un programa casi antisocialista, en el sentido de los términos de los tiempos. Tenía más sentido. Usted ha hablado más en los términos de la Revolución mexicana que en los términos marxistas que empezaban a difundirse.

*EP:* En efecto. El socialismo, la palabra “socialismo” es una palabra que tiene tantos significados como naciones, y hasta como doctrinas de cada uno de los que han figurado como pensadores políticos del mundo. Es una pauta en la que caben un sinnúmero de clases de socialismo. Inclusive, en esa época, sostuve que México tenía su socialismo: un socialismo revolucionario, propio de México; que no podía confundirse ni con el socialismo inglés, ni con el socialismo alemán, ni tampoco con el comunismo marxista.

Esa tesis la sostuve repetidamente porque trataba yo de evitar que el país cayera en la confusión. No quería que las ideas avanzadas de México, el izquierdismo justificado de México, fuera encaminado hacia el marxismo y el comunismo. Nosotros tenemos nuestro socialismo particular —sostuve siem-

pre— y ese socialismo mexicano es la Revolución mexicana: es la misma Constitución de 1917.

Todos esos matices en que los países han ido apartándose del capitalismo rudo de principios del siglo XX en los Estados Unidos a la vida actual, inclusive en los Estados Unidos hay una diferencia enorme. Hay muchas gentes que consideran que la marcha que llevan los Estados Unidos es hacia un socialismo capitalista, o un capitalismo del pueblo. En una palabra: está muy lejos de ser el capitalismo de hace una o dos generaciones. Efectivamente, las reivindicaciones del pueblo, la conciencia a la nivelación de las fortunas, la injusticia de desigualdades tan inicuas como las que se registraban antes entre las clases privilegiadas y las clases oprimidas, va ganando terreno, de tal manera que creo que el mundo puede definirse en marcha hacia diversos matices de socialismo, en el que todos son socialistas en el sentido de que están dirigiéndose a una repartición igualitaria de la riqueza, es decir, a un estándar de vida decente de las masas, a una situación de justicia social; a que no exista la miseria al lado de la opulencia, y que realmente todas las riquezas y todas las grandes conquistas del hombre beneficien a todos los hombres.

*JW:* Creo que estos documentos que usted publicó demuestran que usted, mucho antes de las declaraciones de junio de 1935, trataba de buscar un medio de actuar como un guía, hablando con todos, entre todos, formando una opinión para que la Revolución pudiera progresar sin caer en una lucha. Las declaraciones de 1935 desafortunadamente tomaron otro rumbo. Pero usted, como nos había dicho, había aconsejado al general Calles que no debía publicar las declaraciones sin pensar que habría una ruptura con Cárdenas.

¿Cree que el general Calles tuvo la idea de formar el Plan Sexenal? ¿Cómo surgió? ¿Tuvo usted parte en eso?

*EP:* En la conversación anterior explicaba yo que cuando el general Calles me invitó a Ensenada, tuvimos una plática de donde resultó esa entrevista con el general Calles. Y en esa entrevista, en ese cuaderno que se llama: *Calles, señalando rumbos*, aparece la pregunta clarísima que le hice: “No cree usted, señor general, que es la hora de que México tenga un plan, que no vaya a la deriva. Hay muchas naciones, especialmente Rusia [que tenía su plan sexenal] en que ese plan sirve precisamente para que no haya extravíos, y en México sería muy útil que tuvieramos un plan sexenal”. El general Calles contestó (y esto está claro, sin ninguna dubitación en ese folleto): “Me parece que la idea de usted es una idea muy oportuna y que debemos implantar y seguir”.

*JW:* Entonces podemos decir que su pregunta fue más que una pregunta, fue una idea.

*EP:* Fue una sugerencia que se llevó a cabo.

*JW:* Muchos historiadores han dicho que fue Calles el que tuvo la idea, que fue de su propia voluntad.

*EP:* Por la campaña política que después seguí, un gran número de ciudadanos y de hombres consideraron que el triunfo no me pertenecía, pues se convirtieron en enemigos completos, no sólo de mi persona sino de mis ideas, de mis doctrinas. Pronto quisieron hacerme aparecer como si yo fuera un hombre reaccionario, o como si yo representara ideas retrógradas, cuando está clarísimo que siempre fue a favor del avance del pueblo, de las conquistas, de las reivindicaciones de México y del hombre común del pueblo. De manera que porque efectivamente mis enemigos políticos quisieron borrar toda huella de lo que yo había hecho en mi vida de político es por lo que mi nombre fue cancelado y borrado completamente. Es el destino de todos los políticos.

*JW:* ¿Cree usted que la educación socialista tuvo mucho que ver con las diferencias entre Calles y Cárdenas? Porque usted, recién salido de la Secretaría de Educación, dio un discurso en el Senado discutiendo las reformas al artículo tercero. ¿Cree usted que Calles quería la educación socialista? ¿Quería usted la educación socialista cuando ustedes sugirieron el Plan Sexenal?

*EP:* Esa pregunta casi vuelve a lo que he estado sosteniendo: el socialismo tiene numerosos matices. Cuando yo hablaba del socialismo mexicano, tenía el matiz de la Revolución; de manera que sí, yo pedía, como lo hice proclamar un socialismo mexicano, que era la Revolución mexicana. Otros hablaban del socialismo en el artículo tercero; pero no pensaban en la Revolución mexicana: pensaban en el marxismo; pensaban en un izquierdismo demasiado delirante; pensaban inclusive en el comunismo, y eso era una desviación de lo que realmente ha significado la marcha de la Revolución mexicana.

*JW:* Y Calles no quería eso; ni usted tampoco.

*EP:* Ni yo tampoco; en ese sentido coincidíamos Calles y yo. Y el otro grupo, inclusive el general Cárdenas y muchos oportunistas que ni siquiera sabían lo que era el comunismo, el marxismo; sin embargo, esa era para ellos la doctrina que debería seguirse.

Hubo confusión en esa época, pero nunca tan grande que se hubiera realmente apartado a México de la línea recta de un socialismo revolucionario mexicano.

*JW:* Parece que al principiar el decenio de 1930 todo el mundo pensaba en términos muy simples: buscaban una solución muy fácil para todos los problemas. Pero al entrar todo el mundo en la Segunda Guerra Mundial, parece que de 1940 en adelante era mucho más complejo en su pensamiento, y ya se veía que era muy difícil obtener un paraíso para los trabajadores, un paraíso para los capitalistas; un paraíso de cualquier clase: era una lucha continua.

Usted entró como secretario de Relaciones Exteriores al entrar esta nueva época; al pasar ese periodo de Cárdenas, cuando surgieron esos problemas. ¿Cree usted que de 1940 en adelante el mundo ya pensaba un poco diferente?

*EP:* Considero que el cambio de rumbo más fuerte que ha sufrido el mundo no fue al comenzar la Segunda Guerra sino al terminar la Primera Guerra. La revolución rusa triunfante contribuyó en gran parte a impresionar al mundo y a ganarse la simpatía de los obreros y los trabajadores de casi todo el mundo. Fue entonces cuando se dio realmente el viraje del pensamiento humano hacia la justicia de una nueva economía, de una nueva política económica; y de entonces para adelante, eso fue una marcha constante y ascendente.

Precisamente en la Paz de Versalles, donde se estaban discutiendo los grandes problemas de la paz después de la victoria de los aliados, estaba siempre presente el triunfo de las fuerzas soviéticas y del impacto que habían hecho en todos los partidos del mundo, y sobre todo en el Laborista de Inglaterra, en que cada uno de ellos ya empezaron a sentir que era necesario comenzar a hablar de reivindicaciones de las masas. Y no obstante que entonces Rusia no ganó la guerra sobre el resto del mundo en la lucha armada, desde el punto de vista ideológico, el triunfo de Rusia fue más grande que en cualquier otra época de Rusia. Porque de entonces acá no ha sido un éxito tan resonante como el que tuvo entonces. El triunfo de la revolución rusa de 1917 fue una alerta, una llamada de atención a la conciencia del mundo. De manera que es cuando creo que tiene más fuerza.

Y fue creciendo. En 1930, cuando aparece el general Calles radical. Luego, como arrepintiéndose de la velocidad con que habíamos avanzado, pretende frenar el movimiento sin conseguirlo: fue ascendiendo más y más. Así, se dan las reivindicaciones que realizó Cárdenas, como las reivindicaciones agrarias, obreras, la expropiación petrolera; todo esto ya estaba impulsado por el huracán que se había desatado desde 1917.

La guerra dio un nuevo impulso a las reivindicaciones socialistas y comunistas, dio un impulso bifurcado en dos sentidos: en un socialismo a base de democracia, y en un socialismo a base de terror. Esa lucha es la que desató la Segunda Guerra Mundial. Fue una lucha ideológica que todavía perdura, en la que se quiere realizar la justicia social que iya nadie discute! Y la quieren realizar por dos caminos: o por la forma democrática, o por la forma de la dictadura. Uno es el comunismo, y otro son los países libres. Esa es la marcha que llevamos ahora: esa lucha ideológica.

*JW:* Usted ve entonces tres hechos: la Primera Guerra Mundial y el resultado de Rusia; la Depresión, cuando parecía que Wall Street se había derrumba-

do, y cuando ganaron fuerza los acontecimientos de 1917; y la Segunda Guerra Mundial, cuando ya hubieron otros cambios.

Parece que estas tres cosas son las que han tenido más influencia en el mundo del siglo XX. Hay muchas personas que piensan que fue la Primera Guerra Mundial la más importante. Pero creo que usted tiene mucha razón en decir que fueron (por lo menos fue para México, y para muchos otros países) los acontecimientos de 1917 en Rusia los que más influencia tuvieron.

Al terminar el decenio de 1930 ya se hablaba en otros términos, y durante la guerra se pensó más en la industrialización. Durante esa época usted tuvo que defender el panamericanismo en contra de otras ideologías, especialmente las ideologías que surgieron en los últimos años del decenio de 1930, como la hispanidad, como otros alineamientos. ¿Puede contarnos los problemas que surgieron en estos debates?

*EP:* Eso ya se refiere a la guerra, a la Segunda Guerra Mundial, que trajo esos problemas. El más destacado de todos en nuestro continente fue que se sintió la necesidad de unificar a todo el continente. Porque para los Estados Unidos representaba un gran peligro el que existieran veinte países al sur de su frontera que se hubieran podido coaligar en contra de los países libres; no tanto por la fuerza militar de la que carecían, sino porque eran una forma de asilo, de refugio de las fuerzas que podían haberse convertido en muy peligrosas de parte del nazismo, para atacar a los Estados Unidos y adueñarse del Continente Americano. Lo menos que hubiera costado a los Estados Unidos hubiera sido la necesidad de desprender poderosas fuerzas de los Estados Unidos para vigilar el continente.

En cambio, en la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, los Estados Unidos pudieron descansar totalmente de toda preocupación sobre América Latina, porque ésta se unificó al lado de los países libres del mundo, y estuvieron atentos a que de ninguna manera, ni las fuerzas nazis, ni ninguna otra fuerza pudiera adueñarse de ninguna parte, de ningún sector del Continente Americano.

Claro que esto no se realizó por magia o como un milagro; eso realmente fue la consecuencia de un gran acto continental, como fue, principalmente, la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores en Río de Janeiro.

En esa época yo era ministro. Todo lo que ya queda por referir, consta en una forma tan profusa en libros, en periódicos, en folletos, que casi me siento relevado de hablar de esa época que fue sin duda la más espectacular de mi actuación como político. Quizá no la más profunda, porque ya he señalado otros acontecimientos en los que tomé parte, pero sí la más visible, la más espectacular.

Sin embargo, deseo señalar un solo caso: al final de 1941, la situación del mundo era verdaderamente desesperada para los países libres. Hitler se había adueñado de toda Europa. En Dunquerque había llevado todas las fuerzas europeas como un muro ante el mar. Y solamente por el valor que desplegaron todas las fuerzas inglesas, pudieron salvar a aquel ejército inglés que había perdido todas las batallas en el territorio europeo, y tuvo que refugiarse en Inglaterra.

Hitler había barrido con toda Europa. Y por otra parte, unas semanas después, el 8 de diciembre de 1941, Estados Unidos había visto cómo su flota de Pearl Harbor era hundida por la aviación japonesa. Japón había conquistado todo el océano Pacífico, Corea y China; podemos decir que todo el sur de Asia estaba en poder de Japón.

De manera que esas horas eran muy oscuras para los Estados Unidos y para el mundo. Había pocas almas con la firmeza suficiente para que conservaran la fe en el triunfo de los pueblos libres del mundo.

En ese instante, recuerdo muy bien, recibimos la invitación a fines de diciembre, de parte del secretario de Estado de los Estados Unidos, invitando al gobierno de México a que el ministro de Relaciones concurreniera a Río de Janeiro a una conferencia de ministros de Relaciones. Se trataba de definir cuál sería la posición de México y la posición de todos los países americanos en esa guerra de los pueblos libres, en contra de las fuerzas nazis reaccionarias de aquella época.

Cuando recibimos esta invitación, recuerdo que tuve una plática con el Presidente de la República. Hicimos un balance de cuál era la situación que guardaba el mundo; nos dimos clara cuenta de las reservas, de la sombra que envolvía al mundo libre; nos dimos cuenta del poder arrollador que en ese instante habían demostrado las fuerzas coaligadas del nazismo, del fascismo, y de la fuerza del imperio japonés.

Todas las informaciones que llegaban a la mesa del Presidente —muchas de ellas de mexicanos apasionados— eran en el sentido de que México debería cuidarse de perder esa oportunidad que la historia le ofrecía para aliarse con los países centrales.

Sin embargo, después de haber analizado la situación, y que expliqué al presidente Ávila Camacho cuál sería el destino de México en caso de que nosotros nos hubiéramos aliado con los países centrales, le dije: “Señor Presidente: aun cuando fuera verdad que triunfaran los países centrales, y que los Estados Unidos, después de esta larga contienda que espera el mundo, fueran vencidos, nosotros no tendríamos tiempo de ver la derrota de los Estados Unidos porque antes nos habrían reducido a escombros. Los Estados Unidos y los países libres no podrían mirar a una América Latina enemi-

ga a las espaldas precisamente de esa gran batalla; y por otra parte, los Estados Unidos y los países libres están defendiendo una tradición de la cual México no puede desertar. Esos países defienden la libertad del mundo. Lo que ocurre en todos estas regiones en que están batiéndose los países libres, no sólo se están batiendo por esos países, sino que están luchando por la libertad, inclusive de América Latina”.

“Nosotros no podemos aliarnos con una doctrina nazi que considera a todas las razas inferiores, y que ellos se consideran la raza maestra del mundo. ¿Qué significaría México, sobre todo México con sus razas indígenas como las que nosotros tenemos, y a las que nosotros debemos en gran parte toda nuestra riqueza de civilización antigua, y las conquistas modernas? ¿Qué significaríamos para la doctrina nazi, de discriminación, de superioridad y de arrogancia?”

El presidente Ávila Camacho —siempre que lo recuerdo me causa emoción— se convenció de tal manera, y me dijo: “No tenga usted cuidado. Nosotros estaremos decididamente al lado de los países libres del mundo”. Y fue en esa forma como fui a la Conferencia de Río de Janeiro.

A esa conferencia acompañé (porque me invitó para que yo fuera en el mismo *clipper*) a Sumner Wells. Su actitud era sombría, de gran preocupación. Él estaba informado de que había, especialmente en América del Sur, algunas naciones que tenían la convicción de que los Estados Unidos y los países libres estaban completamente perdidos. Creía que iba a enfrentarse a una situación de franco derrotismo. Y aun me llegó a preguntar, no sin angustia: “¿Cuál cree usted que será la actitud de cada uno de los países de América Latina?” Le dije: “Lo que más me preocupa es ¿cuál va a ser nuestra actitud? Nosotros somos los que debemos impresionar y convencer, y persuadir a toda América Latina de que tenemos una bandera a la cual no podemos traicionar. No es la bandera de los Estados Unidos, es la bandera de la Libertad Humana, la bandera de la Justicia Social de toda la Tierra”.

Efectivamente, cuando llegamos a Río de Janeiro y empezaron las primeras juntas de cancilleres, el ambiente era escéptico y vacilante, y encontramos a unos ministros que manifestaban, desde luego de acuerdo con sus gobiernos, una perfecta indecisión.

Aquí entro a un capítulo en el cual realmente no quisiera explayarme, porque al referirlo podría pasar como una inmodestia impropia que yo la expresara. En efecto, mi participación en aquella Asamblea de cancilleres produjo un impacto decisivo e inolvidable. Todavía ahora recuerdan mis intervenciones en esa Asamblea cuando se pasa por Río de Janeiro o por algunos países de América del Sur. Todo el secreto estuvo en que yo usufruqué el drama del mundo, el peligro que estaba corriendo toda la Tierra de caer

dentro del poderío de unas razas despiadadas con lo que ellos consideraban razas inferiores, y en grandes imperios, que por siglos, si triunfaban, esclavizarían al mundo.

Cuando terminé de hablar en la Asamblea de Río de Janeiro, realmente se sintió el impacto que mis razonamientos habían hecho. Vuelvo a repetir: me causa incomodidad referirme a ello, pero el mejor elogio que escuché de mis intervenciones fue de Sumner Wells, cuando dijo: “Yo he estado en numerosas asambleas y sé que nunca el mejor discurso cambia el sentido de una asamblea. Cuando ésta se realiza todos llegan con su mentalidad hecha y casi siempre admiran los discursos, pero no cambian su opinión”. “Es la primera vez —dijo Sumner Wells— que veo que un discurso hubiera cambiado la opinión de una asamblea”. De manera que desde que yo inicié esas intervenciones en Río de Janeiro mi nombre tuvo una gran popularidad. Recuerdo esa actuación sin duda como la actuación cumbre de mi vida política. En todas partes encontré la aprobación, el aplauso, la admiración de las multitudes, y de parte de los Estados Unidos, desde entonces, y especialmente durante la guerra, una gran admiración y un gran afecto personal para todo lo que se refería a México, y particularmente al secretario de Relaciones de México.

Fui a los Estados Unidos invitado por el presidente Roosevelt; estuve en diferentes partes. ¿Cuántas de mis actuaciones fueron de éxito? En una ocasión, el presidente del Senado, el señor Connally, me vio en el Senado, lleno de un grupo de senadores y diputados de los más prominentes, parte del cuerpo diplomático, representantes de los países latinoamericanos, y dijo más o menos en su discurso —era un hombre grandilocuente, Connally—: “Señores, aquí tenemos en estos momentos al señor secretario de Relaciones. Viene a demandar de los Estados Unidos la cooperación para algunos grandes problemas que tiene México. Debo decir de antemano a los señores senadores y diputados que lo que pida el ministro de Relaciones no tendremos que discutirlo sino solamente concederlo. La actitud de los Estados Unidos para México debe ser en una forma absolutamente amplia y abierta que demuestre cómo apreciamos la actitud de ese país, en estas horas sombrías para los Estados Unidos”.

Conseguí que se pagaran los daños a la Revolución que por una década se habían estado discutiendo agriamente; que se cancelaran las reclamaciones petroleras para México, que también eran un motivo de profundo desagrado. Conseguí el tratado de agua del río Bravo y del río Colorado, cuando se oponían en una forma tenaz, elocuente y encendida, estados importantes de los Estados Unidos. Todos los senadores de los estados sureños —los que baña la cuenca del río Colorado— se oponían de manera vehemente a aquel

tratado de aguas que rápidamente el presidente Roosevelt ordenó que se formulara para que se aprobara, “de acuerdo con las demandas del señor ministro de Relaciones de México”.

Estábamos en las Naciones Unidas, cuando un día vi llegar al senador Connally, y desde lejos me hizo un saludo y me dijo: “Congratulaciones; acaba el Senado de aprobar el Tratado de Aguas de México y los Estados Unidos”. Ese tratado le dio a México 450,000 hectáreas de riego; más de lo que México tenía en el interior. Hizo por tanto fértil el desierto de México; le dio la enorme oportunidad de hacer presas y, sobre todo, organizaciones hidráulicas, que tienen que enriquecer la vida de México.

Sé que actualmente estamos pasando por un periodo más o menos desconcertante sobre ese tratado de aguas, especialmente en la cuenca del río Colorado. Pero esto pasará. El hecho es que aquella demostración tan gigantesca de buena voluntad fue una de las maneras que los Estados Unidos quisieron demostrar a México cómo apreciaban la actitud que nuestro país tuvo durante la guerra.

*JW:* Parece que su actitud de ser buen vecino y de cooperar tanto con los Estados Unidos le hizo mucho daño cuando usted decidió lanzarse a la campaña por la presidencia en 1946.

*EP:* Creo que de entonces para acá, y a través de mi vida política, mi sincera amistad con los Estados Unidos ha dañado mucho la fuerza política que yo hubiera podido tener. La razón es que en México, por la historia que tiene, pues es fácil despertar resentimientos, animosidades. Un inventario de la vida pasada de México casi siempre es en contra de los Estados Unidos. Entonces es fácil para los demagogos o las gentes mal intencionadas, o los políticos que ven su interés en hacerlo, el tratar de desprestigiarme por la amistad que he demostrado a los Estados Unidos. Debo declarar que esa amistad no ha sido incondicional. Durante la época en que fui diputado hay varios discursos en los que me opuse de manera terminante a la actitud de los Estados Unidos. Yo sé perfectamente que a través de las décadas pasadas, México y América Latina sufrieron en numerosas ocasiones ataques injustificados y agresiones, en una palabra, actos inamistosos en contra de mi país. Pero creo que mirar hacia atrás en la historia es un grave error, porque nosotros, todas las naciones del mundo, salimos de la selva. No hay país en el mundo que mire hacia atrás que no se encuentre con los vecinos que constantemente estaban en guerra con ellos, tomando todas las ventajas, abusando de la fuerza cada vez que la tenían.

Lo importante en el mundo es mirar hacia adelante, poner el interés en cancelar los recuerdos que perturban la armonía y la amistad, y en desenvolver una confianza para el futuro. Creo que lo patriótico consiste en fomen-

tar esas fuerzas, a fin de evitar reincidencias de los países poderosos. Esta guerra nos ha dado lecciones emotivas, ¡formidables!, cuando hemos visto cómo se han reconciliado países como Alemania y Francia; cómo se han reconciliado países como Alemania y los Estados Unidos.

Todavía cuando uno pasa por Alemania y ve las ruinas, todos sabemos que los destrozos fueron causados por los aviones de los Estados Unidos. Podemos decir que no hay hogar en Alemania que no tenga el resentimiento y el recuerdo doloroso de un avión que destruyó sus hogares, y que cubrió de luto las calles y las ciudades de Alemania. Sin embargo, existe esa actitud de verdaderos estadistas, de hombres que tienen visión para comprender que el pasado corresponde al pasado y que son culpa de la historia muchas veces más que de los hombres, y que las generaciones presentes no deben responder íntegramente por la actitud de las generaciones pasadas que estuvieron sometidas a fuerzas que ahora son muy distintas. Cuando esa capacidad se puede adquirir, podemos tener fe en el futuro de la humanidad. Si vamos a vivir dentro de un campo de irreconciliaciones, de ánimos constantes que tiendan a la "revancha", o a la represalia, o al odio de los pueblos, no avanzaríamos nada. Ese no es el futuro del mundo.

En estos instantes, por ejemplo, está tendido el cadáver de uno de los grandes hombres del mundo como es Churchill. Una de las cosas que más me impresionaron fue el abrazo que Churchill y De Gaulle se dieron no hace muchos años, cancelando para siempre los odios de Inglaterra y de Francia; odios de siglos en que se arrebataron pedazos de territorio, en que enterraron generaciones enteras, y que, sin embargo, ahora los dos pueblos estaban dispuestos a una reconciliación.

Podemos ver un ejemplo todavía más impresionante: el de Japón. En una ocasión, cuando pasé por las calles de Tokio, todavía pude ver a hombres que llevaban las cicatrices de Hiroshima; de un avión americano que los había reducido a escombros, y que había cubierto de luto a más de 75,000 hogares. Sin embargo, ¡qué lección la de Japón, que ha demostrado ser uno de los mejores amigos de los Estados Unidos!

¿Por qué? Porque cancelaron ese inventario siniestro del pasado para mirar y defender a las generaciones del futuro. ¡Esa ha sido mi inspiración! Y no quiere decir tampoco que cuanto hagan ahora los Estados Unidos sobre la política con México va a ser para mí una cosa digna de aplauso. Cuando encuentre una cosa injusta creo que tendré mucha más fuerza (y que la tendrían los que pensarán en la forma en que yo he tratado de persuadir a los hombres mexicanos), mucha más fuerza moral demostrando que ellos han sido aliados de los Estados Unidos en horas decisivas para ellos, y reclamando que se obre con equidad y con justicia al tratar

cualquiera de los problemas diplomáticos o internacionales con ese país, que aquellos que son constantemente enemigos, que sólo viven bajo hostilidades constantes contra los Estados Unidos, y que necesariamente van creando una atmósfera de malestar, de mal entendimiento, que nada beneficia a México, el cual —yo, más que nadie— siente que cada uno de nosotros es responsable de sus destinos.

*JW:* Saliendo de la guerra, ¿por qué decidió usted lanzarse a la candidatura presidencial?

*EP:* Pues es muy lógico: yo tenía una gran popularidad, y, aunque parezca una falta de modestia otra vez, esa popularidad no me ha abandonado nunca. Paseo por la República y no hay sitio donde yo me pare en que no tenga al pueblo a mi alrededor, grandes amigos, numerosos amigos.

Acabo de hacer una campaña de senador que fue una verdadera aclamación. En todas partes en donde estuve en mi estado, el pueblo entero me rodeaba. ¡Eso ha sido ahora, y fue después de la guerra! Por esa razón, yo —que había defendido la democracia en tantos podios internacionales, en tres convenciones importantes como fueron la de Río de Janeiro, la de Chapultepec, y la de San Francisco, en que hablamos con un entusiasmo extraordinario del triunfo de la democracia y de la libertad sobre las tiranías y las dictaduras—, claro que cuando sentía a mi alrededor que tenía una gran atmósfera política a mi favor, y sintiendo la presión de grandes sectores de la República, arrostré el peligro, creí que era mi deber y supe cumplirlo.

Muchos meses, años más tarde, en una ocasión di una conferencia en Boston y el gobernador del estado —Cabbot Lodge— me fue a saludar y me presentó ante la Asamblea, y en el camino me dijo: "...debe haber sido para usted un quebranto muy fuerte el que no haya salido vencedor como Presidente de la República". Le dije: "Todos los hombres, naturalmente, no se sienten muy felices cuando no obtienen el triunfo; sin embargo, para mí eso no es lo importante. Lo importante ha sido para mí aceptar un desafío del destino al que yo me creía obligado a aceptar, y haber cumplido con valor, con gallardía, y con decoro la misión que el destino me había señalado".

Le pareció tan importante mi declaración que así me presentó ante la Asamblea y expresó mi pensamiento diciendo: "Este es el hombre que así piensa, el que va a dirigirse a ustedes ahora".

*JW:* Entonces, ¿no tuvo que dejar el partido oficial? Tenían dos partidos.

*EP:* Un partido democrático.

*JW:* ¿No tenía esperanzas dentro del partido?

*EP:* No, ninguna. Sentí que era imposible. Entonces hubo un partido que se llamó Nacional Democrático, que es el que proclamó mi candidatura y con el cual yo combatí.

*JW:* Durante su campaña usted habló mucho de la necesidad de industrializar el país.

*EP:* Naturalmente, traté todos los grandes problemas de México. Puede decirse que me pasee por toda la República sin gastar un centavo, sin que se pagara ninguna manifestación. Y en todas partes el pueblo me rodeó, y el triunfo, si hubiera sido realmente de una democracia pura, hubiera sido abrumador en mi favor.

*JW:* Parece que en 1946 y en 1952 el PRI ha ganado con menos "porcentaje" que en toda su historia: con el 70 y el 75 por ciento. Después, ya gana con más fuerza; pero parece que entonces tuvo que ceder en su movimiento.

*EP:* No entiendo completamente su pensamiento, pero lo que sí es verdad es que el partido con el tiempo se ha ido perfeccionando más y más, al grado que ahora tiene de tal manera organizado al país que puede decirse que ya hay elecciones auténticas.

Lo que pasa es que no ha habido un partido de oposición que a su vez pueda organizarse de la misma manera, y por eso no hay un partido que pueda realmente llevar una gran mayoría de votos al triunfo electoral del Partido Revolucionario Institucional. Ahora está muy bien organizado: hasta en las menores aldeas hay representantes del PRI; perfectamente seleccionados y todos activos trabajadores. Los presidentes del partido, los delegados del partido, el Presidente de la República, siempre están en marcha en las provincias, en contacto con el pueblo; y esto es lo que ha fortalecido enormemente al partido de la Revolución. En la época en que fui candidato aún no había esa organización.

*JW:* Se ha hablado mucho de las mesas redondas que organizaron Beteta y Germán Parra y Alemán, para formar un movimiento de fuerza.

*EP:* Eso tiene un significado técnico. Pero realmente eso no ha llegado para nada al corazón del pueblo. Son cosas de fuerzas financieras; del capital que se desenvuelve en un ambiente casi exclusivo de las fuerzas capitalistas, industriales, constructoras, en una forma técnica cada día más avanzada. Pero eso no puede llegar al corazón del pueblo, ni mueve en ningún sentido la fuerza realmente democrática, que se mueve por otros conductos que maneja también el partido de la Revolución, como son sus delegados y los representantes que tiene a través de la organización obrera, de la organización campesina, del sector popular. En una palabra, todo lo que he descrito anteriormente está ya en juego de una manera muy bien organizada en el partido, al grado de que sí creo que actualmente el PRI puede ganar auténticamente las elecciones.

*JW:* En 1945 se ha dicho que después de la guerra todo el mundo quería cambios. Churchill tuvo que salir de la escena política. Usted representaba

otros días (digamos en este sentido) y la generación de los licenciados (hablando del desarrollo económico) ya pudo surgir e industrializar y poner en marcha tantas obras públicas. ¿Cree que usted hubiera hecho lo mismo?

*EP:* Seguramente. Ese no es movimiento de un hombre: es el movimiento de toda la humanidad, de la tecnología moderna que avanza de una manera exorbitante todos los días. Creo que lo que ha de salvar al mundo es precisamente esa tecnología moderna: todo lo que significa la aplicación de la fuerza nuclear, la electrónica, todas esas fuerzas son las que van a salvar a la humanidad. Para mí, un laboratorio pesa más en el destino de la humanidad que los discursos políticos que se pronuncian.

*JW:* Para concluir, ¿podemos hablar, un poco de su familia? ¿Cuándo se casó?

*EP:* Me casé en 1926. Nací en el estado de Guerrero, en una pequeña aldea. No puedo decir que mis padres fueron completamente humildes, o campesinos: mi padre era abogado, y mi madre era profesora; pero en aquellos lugares esas profesiones pertenecían, en el conjunto del país, a hogares verdaderamente modestos. Después murió mi padre y quedé huérfano, y mi madre enfermó. Desde entonces comenzó una lucha desde la escuela.

Creo que al principio les expliqué esto, hasta haber llegado a los puestos públicos. En mi origen yo arrancaba de un pueblo del sur pequeño, y cuando llegué a estudiar a la ciudad de México, pues me sentía en el seno de una aristocracia verdadera. En el seno de mis compañeros de Escuela todos me parecían tan distinguidos, tan aristócratas, tan cultivados; pero poco a poco fui ascendiendo... y después estudié no sólo en la Universidad de México, sino en la Universidad de París, en la Universidad de Colombia. Y entré a la política. Tuve mucha suerte. Yo era diputado cuando me casé. Mi mujer pertenece a una familia de las que llamamos aquí de mucha tradición. Su abuelo, español, fue el embajador de España en México; la familia de ella era de Puebla, muy distinguida, y frecuentemente en las conversaciones que hemos tenido ha sido este contraste motivo de muy divertidas discusiones entre mi mujer y yo.

De cualquier manera, fue un matrimonio afortunado porque hemos vivido en un hogar muy bien organizado: todos mis hijos han sido muchachos muy correctos, muy aplicados; uno ya es abogado, otro terminó su educación económica en la Escuela de Economía; ahora está viendo si es posible irse a estudiar a Harvard. Tengo una hija con cuatro nietos, todos muy simpáticos. Además, la enorme familia que tengo, que es esta biblioteca donde yo vengo y todos los autores son de mi familia. Aquí me siento contento y vivo tranquilo.

*JW:* Bueno, después de esta larga trayectoria, usted se decidió a regresar a la escena política y lanzó su candidatura como senador de Chihuahua.

*EP:* No, de Guerrero, yo soy del estado de Guerrero, y me ha interesado mucho el Senado porque allí vive uno una vida de relativa tranquilidad Si uno quiere realmente participar en la política lo hace; si uno quiere retirarse, puede hacerlo sin necesidad de intervenir forzosamente en las discusiones públicas. Lo que más vale para mí en el Senado es que tengo una tribuna a la hora que yo la deseo, y cuando creo que tengo un pensamiento que difundir, o una idea que proclamar.

*JW:* Bueno, ha sido muy agradable platicar con usted acerca de todos estos aspectos de su vida, tan importante, y queremos darle las gracias.

*EP:* Pues ha sido un placer para mí el haberlos conocido. Una pareja romántica, porque realmente pasean ustedes por México unidos, con una devoción extraordinaria, con un propósito de tanta cultura como el que realizan. Los he recibido con gran simpatía en mi casa. Les deseo mucho éxito y vengan otra vez para que podamos verlos.